

Calvinismo



Por Josué I. Hernández

Calvinismo

Por Josué I. Hernández

Tabla de contenido

Introducción al Calvinismo	4
La soberanía de Dios	8
La piedra angular del Calvinismo	12
Elección incondicional	19
Expiación limitada	25
Gracia irresistible	29
Perseverancia de los santos	35
Romanos 9 y la elección incondicional del Calvinismo	39
Romanos 9–11	55
El Calvinismo y la parábola del sembrador	70
El pecado original	72
Elegidos por Dios	78
La predestinación	81
La obra del Espíritu Santo en la conversión	87
La gracia de Dios	93
La santificación	100
Bautismo y perdón	104
El ladrón en la cruz	108
Gracia, fe y obras	109
Bautismo, ¿un símbolo de la salvación?	113

Introducción al Calvinismo

Muy pocas doctrinas son tan penetrantes en las iglesias y la teología moderna como lo es el calvinismo. Aunque esta doctrina (enseñanza) no es moderna de ninguna manera, es reconocida por su proponente más exitoso, Juan Calvino (1509-1564).

Calvino formalizó este sistema de creencia en su obra “Los Institutos de la Religión Cristiana” (1536), el cual con muy poca revisión se acepta, se estudia, y se enseña en las iglesias evangélicas. Contemporáneo de Martín Lutero, la obra de Calvino se asoció rápidamente con muchas de las iglesias reformadas de su época, y sigue siéndolo aún hoy, en muchos credos denominacionales y confesiones de fe.

El calvinismo en pocas palabras

Debido a que muchos pueden necesitar una introducción, o repaso sobre la teología reformada, o calvinismo, queremos resumir en pocas palabras su naturaleza, es decir, lo que es en sí este sistema de creencias, y luego, examinaremos sus componentes y principios.

Debe entenderse que el calvinismo es un sistema de creencias altamente lógico, sistemático e interconectado, que produce una cosmovisión particular, una manera de ver e interpretar a Dios, al mundo y al ser humano, definiendo la naturaleza espiritual de este último y su salvación. En palabras de R. C. Sproul, “la teología reformada no es un conjunto caótico de ideas inconexas. Por el contrario, la teología reformada es sistemática... la teología reformada trasciende de los meros cinco puntos del calvinismo, porque es una cosmovisión de la vida y el mundo. Es una teología de pacto. Es sacramental. Está comprometida a transformar la cultura” (“Los excelentes puntos del calvinismo”).

El calvinismo contiene muchas verdades que la mayoría de los estudiantes de la Biblia no discutiría, a la vez que está entrelazado con muchas declaraciones que podemos cuestionar, e incluso, señalar como falsas. En consecuencia, queda sobre los hombros del lector la responsabilidad de separar la verdad del error, aferrándose a la verdad tal como es revelada en la Biblia (cf. Jn. 17:17; Hech. 17:11; 1 Tes. 5:21).

El fundamento del calvinismo es la soberanía total y completa de Dios. Según Calvino, dado que Dios es soberano, ha hecho todas las elecciones y, por lo tanto, el hombre no tiene elección ni libre albedrío práctico. Según el calvinismo el ser humano tiene libre albedrío para lo malo, pero no para lo bueno, pues ha perdido su libertad en la corrupción original. Calvino razonó que una de las elecciones que Dios hizo, es que el hombre pecara. Este pecado, al que Dios sometió al hombre, corrompió la naturaleza humana haciendo que toda la descendencia de Adán quedara totalmente privada del bien, totalmente inclinada al mal y sus consecuencias.

Steven Lawson escribió, “El primer hombre, Adán, pecó, y su transgresión y culpa fueron inmediatamente imputadas a toda la humanidad (excepto Cristo). Con este único acto de desobediencia, contaminó moralmente cada parte de su ser: mente, afectos, cuerpo, y voluntad” (“El TULIP y las Doctrinas de la Gracia”).

Calvino argumentó que, para salvar al hombre, Dios escogió a ciertas personas para ser salvas. Dado que el hombre está depravado por naturaleza, y no podría aceptar las condiciones de Dios por sí mismo, los elegidos han sido seleccionados sin requisitos previos. Para lograr la salvación de los elegidos, el Espíritu Santo mueve a estos escogidos hacia Dios, condenando así al resto de la humanidad a la eternidad en el infierno. Estos seleccionados no pueden resistir la gracia y, por lo tanto, no podrían apostatar ni perderse. El propósito de la elección de Dios fue producir su propia gloria en su soberanía.

Los resultados de estas creencias, que enseñan que el ser humano no tiene libre albedrío como para someterse a Dios, indican que no

hay control sobre la vida, ni el destino. Dios ha escogido incondicionalmente a algunos para que sean salvos, quienes no podrán perderse sin importar su comportamiento. Los que no han sido elegidos están sentenciados al infierno, porque Dios no les ha elegido para salvación.

Los principios del calvinismo

Aunque Calvino no ordenó sus creencias según el acrónimo inglés “TULIP,” una denominación prominente sí lo hizo. Usaron este acrónimo para delinear e identificar sus creencias fundamentales para su credo.

En inglés “TULIP” representa los siguientes principios: Total Inherited Depravity of Man; Unconditional Election; Limited Atonement; Irresistible Grace; Perseverance of the Saints. En castellano, los principios del calvinismo son:

- Depravación total hereditaria.
- Elección incondicional.
- Expiación limitada.
- Gracia irresistible.
- Perseverancia de los santos.

Debe enfatizarse que todos los principios de esta doctrina están estrechamente interconectados. El sistema de creencias de Calvino era muy lógico, lo cual tiene dos implicaciones. Primero, si se asume un principio del sistema los demás principios serán aceptados naturalmente. Pero, si un principio es rechazado, los demás no podrán ser aceptados. Por lo tanto, si refutamos un principio del calvinismo, todo el sistema de creencias de la teología reformada se desploma sobre sí misma.

Por qué estudiar el calvinismo

Más que un ejercicio académico o un mero avance dogmático, estudiar el calvinismo ha de ser un asunto de suma importancia y

preocupación para todos, ya que las doctrinas del calvinismo son el fundamento doctrinal de la mayoría de los credos denominacionales.

Debido a que los principios del calvinismo se relacionan con nuestras creencias espirituales más básicas, incluidos el libre albedrío humano y el carácter de Dios, e incluso, el perdón de los pecados, debemos estudiar diligentemente este tema antes de adoptar, o aferrarnos precipitadamente, a semejantes creencias.

Una conclusión extraída falsamente, o un credo aceptado ciegamente, producirá errores doctrinales y morales incalculables, lo que conducirá a una fe sin base bíblica ni esperanza.

Resumen

El calvinismo es un conjunto de creencias altamente lógicas e interconectadas, que influye en muchos credos denominacionales y confesiones de fe.

El calvinismo intenta explicar la base de la salvación humana a través de la soberanía de Dios, y afecta casi todos los aspectos de las creencias, la moral y el comportamiento de uno.

Debido a su amplio alcance y aceptación, es inherentemente importante que examinemos esta doctrina a la luz de las sagradas Escrituras.

La soberanía de Dios

Todos los estudiantes de la Biblia reconocemos que Dios es soberano, el Altísimo (cf. Gen. 14:19), la voluntad suprema en todo y, sobre todo (cf. Rom. 11:33-36). Sin embargo, el concepto de “soberanía divina” del calvinismo no es un concepto bíblico. La *soberanía divina calvinista* deja al hombre sin soberanía personal, o libre albedrío pleno, para elegir lo bueno y agradar así a Dios. En la cosmovisión calvinista el “libre albedrío humano,” tal como es enseñado en las sagradas Escrituras, es inexistente debido a “la depravación total hereditaria.” Según el calvinista no podemos escoger a Dios, “somos criaturas caídas, que todavía escogen y toman decisiones, pero las hacemos en el contexto de nuestra prisión de pecado” (R. C. Sproul, “Por qué no podemos escoger a Dios”).

Los calvinistas ven a Dios con soberanía absoluta para predestinar el destino de elegidos a los cuales atraerá irresistiblemente por una operación directa y misteriosa del Espíritu Santo. Según esta cosmovisión, tenemos libre albedrío para hacer lo malo, pero no tenemos plena libertad, porque no podríamos escoger a Dios.

Soberanía de Dios y libre albedrío

La soberanía es la capacidad y el derecho de gobernar del que posee autoridad. Usualmente usamos el término para referirnos a la autoridad y capacidad de gobernar de un rey, un soberano. La Biblia atestigua sobre la soberanía de Dios, por ejemplo: “*la cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén*” (1 Tim. 6:15,16).

Creemos que Dios es soberano. La evidencia bíblica es contundente. Sin embargo, la Biblia también nos enseña que Dios ha delegado soberanía al ser humano. En otras palabras, el hombre ha

recibido de Dios soberanía para tomar sus propias decisiones, ha recibido lo que solemos llamar “libre albedrío.” Este libre albedrío es capacidad de juicio, opinión y acción, es libertad plena para actuar en base al juicio propio. No hay alguna depravación total hereditaria que haya suprimido la libertad de elegir a Dios. En fin, cada cual elige su destino (cf. Rom. 2:6-11; 2 Cor. 5:10; Apoc. 20:11-15).

Debido a que Dios ha permitido al hombre tomar sus propias decisiones en base a la soberanía que le ha delegado, el hombre es responsable por las decisiones que ha tomado. Dicho de otra forma, las acciones de la soberanía humana serán juzgadas conforme a la autoridad absoluta de la soberanía divina. Por lo tanto, las acciones del ser humano tienen consecuencias (cf. Gal. 6:7; Ez. 18:14,20) y el arrepentimiento es posible (cf. Hech. 17:30).

La Biblia nos enseña que el futuro personal no está fijado sin opciones o alternativas. Los resultados en la vida de uno pueden ser múltiples, según las opciones tomadas (ej. 1 Sam. 23:10-13).

Para crearnos realmente libres, Dios ha puesto en nosotros la capacidad de discernir entre el bien y el mal, elegir entre los dos, y proceder conforme a nuestra elección (cf. Gen. 2:16,17; Jos. 24:15; Is. 1:19,20). Podemos determinar nuestro destino (cf. Ez. 33:11; Mat. 7:13,14; 11:28-30).

El libre albedrío es, por lo tanto, la capacidad de hacer lo malo, si queremos, y de hacer lo bueno si rehusamos hacer lo malo. A su vez, el libre albedrío da valor a las cosas buenas en contraste con las malas, y hace de la persona que elige perseverar en lo correcto una *buena persona* para con Dios (Rom. 2:7,10), y de la persona que rehúsa obedecer el evangelio una *persona mala* que será condenada por su propia elección (Rom. 2:8,9; 2 Tes. 1:8,9).

El poder de elección

La Biblia está repleta de ejemplos de elecciones y consecuencias. Bernabé eligió donar su propiedad (Hech. 4:36,37) y Ananías eligió

mentir (Hech. 5:3). Ambos podrían haber hecho lo contrario. Tenían opciones.

Ezequías, el rey de Judá, recibió de parte de Dios, por medio de Isaías, la noticia de que moriría (2 Rey. 20:1). Sin embargo, Ezequías clamó por misericordia (v.2,3), y Dios le concedió 15 años adicionales (v.4-6). Dios no había mentido cuando reveló la muerte próxima del rey. No obstante, el Señor oyó la oración de Ezequías (v.5).

Jonás predicó *“De aquí a cuarenta días Nínive será destruida”* (Jon. 3:4). Dios había decretado la destrucción, derramaría su ira y los ninivitas serían raídos de la faz de la tierra. Para nuestra sorpresa, el pueblo creyó a Dios, se arrepintió, y en ayuno clamó por misericordia (v.5-8) para apartar la ira de Dios de sobre ellos (v.9). La Biblia dice, *“Y vio Dios lo que hicieron, que se convirtieron de su mal camino; y se arrepintió del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo”* (Jon. 3:10).

Jehová Dios es el soberano alfarero (Jer. 18:1-6), y su lenguaje de juicio y condenación (*“arrancar, y derribar, y destruir,”* v.7) puede ser mudado en uno de bendición (*“para edificar y para plantar,”* v.9). ¿Cómo podría Dios cambiar de opinión? Dios mismo lo dice: *“pero si la nación de la cual hablé se arrepiente de su maldad, también yo me arrepentiré del castigo que había pensado infligirles”* (v.8, NVI).

Dios nos da la oportunidad de comenzar de nuevo si nos disponemos en sus manos (Jer. 18:4,6). Hallándose perdidos, creyentes preguntaron, *“¿qué haremos?”* (Hech. 2:37), la respuesta que recibieron fue la siguiente, *“Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo”* (Hech. 2:38). Lucas nos informa que, *“los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas”* (Hech. 2:41).

Conclusión

Dios es el absoluto soberano, pero nos ha delegado capacidad para elegir y actuar. Dicho de otra manera, podemos obedecer o desobedecer al evangelio (cf. Rom. 10:16; 1 Ped. 4:17).

Dios ha establecido un día en el cual derramará su ira (cf. Hech. 17:30,31; Rom. 2:5) y la única escapatoria es Cristo (cf. Rom. 5:9; 1 Tes. 1:10).

La piedra angular del Calvinismo

Si observamos al calvinismo como una imponente edificación bien cimentada, observamos que el fundamento es una distorsión de la soberanía divina, y la piedra angular es la “depravación total hereditaria.” R. C. Sproul, un calvinista, declaró lo siguiente, “hay un sentido en el que, si una persona realmente abraza lo que se llama la doctrina de la depravación total, los otros cuatro puntos, en este sistema de cinco puntos, se alinean más o menos, vienen a ser como una cadena de consecuencias y resultados del primer punto” (“Depravación total: El pecado original”).

Debido a su naturaleza fundamental, todo el sistema del calvinismo se desploma si la depravación total hereditaria es falsa. El calvinismo no puede sostenerse en pie sin este fundamento.

El magnetismo de la depravación total hereditaria

El calvinismo es una herejía que confiere una suerte de “licencia para pecar” mediante una racionalización sofisticada. Por ejemplo, R. C. Sproul dijo, “La idea es que no somos pecadores porque pecamos, sino que pecamos porque somos pecadores” (“El «TULIP» y la teología reformada: depravación total”).

Detengámonos a pensar en esto. Si “pecamos porque somos pecadores,” ¿por qué “somos pecadores”? El calvinismo ofrece la siguiente explicación, “Es decir, como resultado del pecado de Adán y Eva toda la raza humana cayó, y por eso nuestra naturaleza como seres humanos desde la caída es una naturaleza que ha sido influenciada por el poder del mal” (R. C. Sproul, “Depravación total: El pecado original”).

Refiriéndose a Adán y Eva, la Confesión de Westminster declara: “Ellos siendo la raíz de toda la humanidad, la culpa de este pecado

fue imputada, y la muerte misma en pecado y la naturaleza corrupta fue trasmitida a toda su posteridad, descendiendo de ellos por la procreación ordinaria. De esta corrupción original proceden todas las transgresiones reales, porque ella nos hace completamente indispuestos, inhabilitados, y opuestos a todo lo bueno, e inclinados enteramente a todo mal.”

La Confesión de Fe de Filadelfia, el primer credo adoptado por las iglesias bautistas en los Estados Unidos, afirma lo siguiente: “Nuestros primeros padres por el pecado, cayeron de su rectitud y comunión con Dios originales, y nosotros en ellos, por lo que la muerte vino sobre todos; todos llegando a estar muertos en pecado, y enteramente profanados en todas las facultades, y partes del alma, y del cuerpo... Ellos siendo la raíz, y por nombramiento de Dios, colocados en el sitio, y en lugar de toda la humanidad, la culpa de su pecado fue imputada, y su naturaleza corrompida transferida, a toda su posteridad, descendiendo de ellos por la procreación ordinaria, ahora siendo concebidos en pecado, y por naturaleza hijos de ira, los siervos del pecado, los sujetos de muerte y todas las otras miserias, espirituales, temporales, y eternas, a menos que el Señor Jesús los liberte.”

Como podemos observar, el calvinismo afirma que todos los seres humanos nacen “profanados en todas las facultades, y partes del alma, y del cuerpo,” “completamente indispuestos, inhabilitados, y opuestos a todo lo bueno, e inclinados enteramente a todo mal.”

Conforme a lo anterior, podemos afirmar con justicia que, según el calvinismo, cada persona comienza su vida totalmente depravada, pensando, deseando y haciendo, solo lo que es egoísta y malvado. Con un complejo razonamiento impregnado de tecnicismos, el calvinismo argumenta para convencernos de que somos depravados por naturaleza. En palabras de R. C. Sproul, “pecamos porque somos pecadores.”

Aunque no sea la intención de muchos calvinistas sinceros, la llamada depravación total hereditaria elimina la culpa del pecador,

quien no podría evitar hacer lo malo, ni lograr hacer lo bueno libremente. A consecuencia de lo anterior, el pecador queda aliviado de la culpa, y relajado en cuanto a su diligencia para hacer lo bueno.

La depravación moral

Aunque la Biblia no enseña alguna depravación total hereditaria, la Biblia si advierte contra la depravación moral personal. La depravación moral no es por nacimiento, sino por elección. Todo pecador del mundo ha llegado a ser depravado en algún grado o sentido, unos han pecado más (cf. Rom. 1:28-32) y otros han pecado menos (cf. Rom. 2:1), pero todos han pecado (Rom. 3:23) y son esclavos del pecado (cf. Jn. 8:34,36). Dicho de otra manera, la depravación moral es una elección, *“Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”* (Rom. 3:12). La muerte no pasó a todos los hombres por alguna depravación hereditaria, sino que *“la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”* (Rom. 5:12).

Pablo recordó a los efesios sobre el pasado depravado de ellos, *“Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza”* (Ef. 4:17-19).

Así, también, leemos del pasado depravado de los corintios, *“¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios”* (1 Cor. 6:9-11).

Según la evidencia bíblica, nadie nace depravado ni contaminado con algún “pecado original,” sino que ha elegido volverse depravado, es decir, corrupto, sin embargo, puede dejar de serlo. El pecador depravado puede ser lavado, santificado y justificado *“en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios.”*

La inocencia inherente del ser humano

¿Cómo es posible que los nacidos inocentes se vuelvan depravados? La Biblia explica cómo sucede esto. La decadencia comienza cuando alguno no toma en cuenta a Dios para darle gloria, y para darle gracias, *“Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido”* (Rom. 1:20,21).

La Biblia no solo enseña que el ser humano elige depravarse, sino que también enseña que cada persona comienza su vida totalmente inocente, sin naturaleza corrupta, tal como Adán y Eva comenzaron su vida antes de elegir pecar, *“He aquí, solamente esto he hallado: que Dios hizo al hombre recto, pero ellos buscaron muchas perversiones”* (Ecles. 7:29).

Dios es *“el Padre de los espíritus”* (Heb. 12:9) *“de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra”* (Ef. 3:15), por lo tanto, *“linaje suyo somos”* (Hech. 17:28). Dios no crea a “profanados en todas las facultades, y partes del alma, y del cuerpo... completamente indispuestos, inhabilitados, y opuestos a todo lo bueno, e inclinados enteramente a todo mal.”

El calvinismo culpa a Dios por una supuesta “depravación total hereditaria,” la cual es una invención de *“hombres corruptos de entendimiento, réprobos en cuanto a la fe”* (2 Tim. 3:8) quienes no se

conformaron “*a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es conforme a la piedad*” (1 Tim. 6:3).

La Biblia es elocuente al señalar la inocencia inherente del ser humano. Por ejemplo, Jehová Dios dijo que los niños son totalmente inocentes, “*que no saben hoy lo bueno ni lo malo*” (Deut. 1:39). Es tal la inocencia de los niños, que Cristo nos anima a ser como ellos (Mat. 18:1-4).

La corrupción moral no se hereda. Nadie nace culpable del pecado de otros, mucho menos responsable del pecado de Adán. “*El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él*” (Ez. 18:20).

Debido a la inocencia inherente del ser humano, y la responsabilidad personal, habrá juicio final, “*Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo*” (2 Cor. 5:10).

La parábola del sembrador

Mientras las confesiones calvinistas indican que nacemos totalmente corruptos, e inclinados al mal, Jesús habló de aquel que con un “*corazón bueno y recto*” recibe la palabra y da fruto con perseverancia (Luc. 8:15). Este corazón no es diferente a los demás por alguna operación directa del Espíritu Santo. Es el individuo que decide ser receptivo a la verdad. La parábola del sembrador (Mat. 13:3-9; Mar. 4:1-9; Luc. 8:4-8) no enseña, ni implica, alguna depravación total hereditaria que impida escoger a Dios. Es más, la parábola del sembrador contradice al calvinismo.

Según el calvinismo, Dios decretó todo lo que ha de suceder, eligiendo a los individuos que serán salvos y desechando a los que no lo serán, sin importar lo que alguno haga o deje de hacer. Si tal cosa

es así, ¿por qué Jesucristo llamaba a la multitud a oír con atención? ¿Por qué cada uno fue responsabilizado cuando el Señor les dijo, “*El que tiene oídos, que oiga*” (Mat. 13:9, LBLA)? Seguramente, el calvinismo no es de Jesucristo.

El calvinismo afirma que, si alguno está entre los elegidos Dios le atraerá a la salvación de manera irresistible con la fuerza de su gracia poniendo fe en su corazón y haciéndole creyente. Sin embargo, Jesús dijo que la semilla, la palabra de Dios, es el instrumento por el cual viene la fe (cf. Hech. 15:7; Rom. 10:17). Si la fe es implantada directamente, ¿para qué esforzarnos por sembrar la palabra de Dios? Piénselo detenidamente, si la fe no viene por la palabra de Dios, ¿por qué “*viene el diablo y arrebató la palabra de sus corazones, para que no crean y se salven*” (Luc. 8:12, LBLA)?

La “perseverancia de los santos” afirmada por el calvinismo indica que el creyente no puede caer de la gracia, que “una vez salvo, siempre salvo.” Sin embargo, la parábola del sembrador no apoya esa doctrina. Los de corazón pedregoso son aquellos que “*reciben la palabra con gozo; pero éstos no tienen raíz profunda; creen por algún tiempo, y en el momento de la tentación sucumben*” (Luc. 8:13, LBLA). El texto griego dice “desertan,” es decir, se apartan. El calvinista suele afirmar que éstos nunca creyeron realmente, que el verbo “creer” usado aquí no indica la fe salvadora... Por un momento, el argumento calvinista suena bien, pero es una mala interpretación. El verbo creer en el contexto siempre indica la fe salvadora (Luc. 8:12,13,15). Sencillamente, los que se apartan son contrastados con los que retienen la palabra y dan fruto con perseverancia. Cada cual elige, ninguno está impedido de escoger a Dios.

Cada uno de nosotros puede elegir ser de corazón bueno y recto. Todos podemos esforzarnos por oír y entender la palabra de Dios y dar fruto con perseverancia. La pregunta es, ¿qué clase de persona estamos eligiendo ser?

Conclusión

La depravación total hereditaria justifica al pecador, excusándolo por su pecado, y permitiéndole continuar en él. La Biblia, por el contrario, condena al pecador, a la vez que le da la motivación y la esperanza para que obedezca al evangelio.

Nadie nace depravado, sin embargo, todo pecador se ha depravado en alguna manera por elección personal. Pero Dios ha dispuesto el medio de la liberación y el perdón. Todos pueden ser lavados, santificados y justificados “en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios.”

Elección incondicional

La elección incondicional del calvinismo se explica de la siguiente manera: “Por el decreto de Dios, y para la manifestación de su gloria, algunos seres humanos y ángeles son predestinados y preordenados para vida eterna, y otros para muerte eterna... Estos ángeles y seres humanos así predestinados y preordenados están particular e inmutablemente designados, y su número es tan cierto y definido, que no se puede aumentar ni disminuir” (Confesión de Westminster, III, 3 y 4).

Según el calvinismo, Dios ha predestinado todos, absolutamente todos, los eventos concernientes a los hombres y su salvación, dejando como *incondicional* el destino eterno, de modo que los elegidos no se podrían perder, ni los condenados se podrían salvar. Por lo tanto, los elegidos no pueden rechazar la salvación, ni los condenados podrían aceptarla.

Según la cosmovisión calvinista, si alguno no está en la lista de los elegidos se perderá, aunque sea un recién nacido. No hay mecanismo en la teología reformada que indique un cambio de destino para quienes no fueron preordenados para vida eterna, sin importar la edad que tengan. Por lo tanto, si el calvinismo tiene razón habrá muchos niños, e incluso, recién nacidos, ardiendo en el infierno.

Una elección grupal o corporativa

La Biblia enseña claramente que Dios ha elegido en Cristo. Pero, la elección soberana de Dios no es individual, sino colectiva, no es particular, sino grupal o corporativa. Esta es la primera gran diferencia que observamos entre lo que enseña la Biblia y lo que afirma el calvinismo.

El apóstol Pablo escribió, *“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad”* (Ef. 1:3-5).

Mientras Pablo enseña que la elección soberana es grupal o corporativa y habla de un pueblo bendecido en Cristo (“nos bendijo”), escogido en Cristo (“nos escogió en él”), y predestinado mediante Cristo (“predestinado... por medio de Jesucristo”), por el contrario, el calvinismo habla de individuos elegidos incondicionalmente.

A diferencia de los reformadores protestantes y sus seguidores, el apóstol Pablo no solo dice que la elección soberana de Dios es conjunta, sino que también enseñó que esta elección está condicionada a estar “en Cristo.”

Pablo no hablaba de individuos elegidos incondicionalmente, sino que explicó que Dios predestinó la esfera de la salvación, “en Cristo,” esfera en la cual una clase de gente hallaría seguridad.

Si prestamos atención cuidadosa veremos que la única actividad predestinada, o preordenada, es que los que estuviesen en Cristo fuesen los adoptados como hijos de Dios.

Una elección condicional

Todo corazón puede rebosar de gozo y esperanza al saber que Dios *“quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad”* (1 Tim. 2:5) y que Dios *“es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”* (2 Ped. 3:9). *“Porque de tal manera amó*

Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16).

La elección soberana de Dios no es imposible de entender. Por el contrario, el Nuevo Testamento expresa claramente lo que antes estuvo oculto (cf. Rom. 16:25-27; Ef. 3:5). Mientras el calvinismo afirma con mucho tecnicismo una elección individual, incondicional y definitiva, Pablo dice sencillamente, “*según nos escogió en El,*” lo cual indica una elección general de una clase de gente *en Cristo*, es decir, el “*linaje escogido*” (1 Ped. 2:9).

Pablo dijo a los tesalonicenses, “*Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad*” (2 Tes. 2:13).

Preguntamos, ¿cómo se hicieron, los tesalonicenses, parte de los elegidos? La Biblia dice que esto sucedió a través de la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad (2 Tes. 2:13). Mientras que la espada del Espíritu alcanzó sus corazones (cf. Ef. 6:17; Hech. 17:3) ellos creyeron la palabra, es decir, la recibieron (cf. Hech. 2:41; 17:4).

Pablo les recordó a los tesalonicenses de aquella convocatoria divina para ser de los elegidos, “*a lo cual os llamé mediante nuestro evangelio.*” La Biblia no enseña alguna elección individual e incondicional para salvación. La Biblia enseña que Dios llama por el evangelio y que toda persona puede hacer su parte para ser de los elegidos.

Los casos de conversión en el libro Hechos especifican un proceso por el cual los pecadores del mundo llegaron a ser constituidos hijos de Dios:

- **Los del día de Pentecostés (Hech. 2:14-41).** Oyeron el evangelio, creyeron, se arrepintieron y fueron bautizados.
- **Los samaritanos (Hech. 5:5-13).** Oyeron el evangelio, creyeron y fueron bautizados.

- **El etíope (Hech. 8:26-39).** Oyó el evangelio, creyó y fue bautizado.
- **Cornelio (Hech. 10:34-48; 11:14).** Oyó el evangelio, creyó y fue bautizado.
- **Lidia (Hech. 16:13-15).** Oyó el evangelio, creyó y fue bautizada.
- **El carcelero (Hech. 16:30-34).** Oyó el evangelio, creyó, se arrepintió, y fue bautizado.
- **Saulo (Hech. 9:6,11,17,18; 22:16).** Oyó el evangelio, creyó, se arrepintió y fue bautizado.

Según la Biblia, todos podemos ser de los elegidos si acudimos al *“llamamiento celestial”* (Heb. 3:1). Estos elegidos son los convocados, o llamados por Dios, la iglesia (Mat. 16:18; Hech. 2:41,47). En fin, todos podemos ser de aquellos que *“con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia”* (Luc. 8:15).

Debido a que la elección soberana de Dios es condicional, los apóstoles de Cristo, y otros hombres inspirados, instruían a los santos para que hicieran firme su vocación y elección (2 Ped. 1:10) a estar en guardia (2 Ped. 3:17), a permanecer firmes (1 Cor. 15:58; 2 Tes. 2:15; Fil. 4:1) y a conservarse en el amor del Señor (Jud. 1:21). A diferencia del calvinismo, la Biblia enseña que la apostasía es un peligro real (Heb. 2:12-15), porque la salvación es condicional (Hech. 20:32).

La posibilidad de salvación o condenación

No hay palabra con tal impacto que la conjunción “si.” Su uso indica posibilidad, ya sea para lo bueno y agradable a Dios, ya sea para lo malo y desagradable a Dios, lo cual es señal elocuente del libre albedrío para escoger a Dios o rechazarle, a la vez que indica que la elección incondicional es un fraude, una vil mentira de Satanás.

“Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis” (Jn. 8:24).

“Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Jn. 8:31,32).

“Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Luc. 13:2-5).

“Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano” (1 Cor. 15:1,2).

Dios llama a que los hombres se arrepientan y se vuelvan a él, advirtiéndolo del castigo si deciden rechazar su llamado. *“Si quisierais y oyerais, comeréis el bien de la tierra; si no quisierais y fuereis rebeldes, seréis consumidos a espada; porque la boca de Jehová lo ha dicho” (Is. 1:19,20; cf. Jer. 18:7-11; Ez. 33:1-20).*

Debido a lo anterior Cristo dijo, *“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” (Mat. 23:37).*

Conclusión

Sin duda alguna, cada persona tiene opciones por su capacidad para elegir entre lo bueno y lo malo. Cada persona puede escoger a

Dios o rechazarle (cf. Mat. 11:28-30), y habrá recompensa o castigo por la decisión que cada cual tome (cf. Rom. 2:7-11).

Dios es soberano y tiene el derecho de exigir condiciones para el perdón (ej. Mat. 6:14,15; Mar. 16:15,16; Hech. 22:16), y a nosotros nos toca elegir si obedeceremos o no sus soberanas condiciones (Heb. 5:9).

Expiación limitada

La expiación limitada se deriva lógicamente de la elección incondicional, y esta última de la depravación total hereditaria. Como podemos observar, la estructura del calvinismo está conectada lógicamente desde su piedra fundamental, la depravación total hereditaria. En fin, el calvinismo afirma que la muerte de Cristo no fue motivada para salvar a los reprobados, sino solamente a los individuos que fueron elegidos incondicionalmente por Dios:

“Puesto que Dios ha designado a los elegidos para gloria, así también, por el eterno y más libre propósito de su voluntad, ha ordenado todos los medios para ello. Por lo cual, los que son elegidos, estando caídos en Adán, son redimidos por Cristo, eficazmente llamados a la fe en Cristo por su Espíritu que obra a su debido tiempo, justificados, adoptados, santificados y por su poder son guardados para salvación por medio de la fe. No hay otros que sean redimidos por Cristo, eficazmente llamados, justificados, adoptados, santificados y salvos, sino solamente los elegidos” (Confesión de Westminster, III 6).

“Al resto de la humanidad por su pecado, agradó a Dios pasarla por alto y destinarla a deshonra e ira, según el inescrutable consejo de su propia voluntad, por el cual extiende o retiene misericordia como a él le place para la gloria de su poder soberano sobre las criaturas, para la alabanza de su gloriosa justicia” (Confesión de Westminster, III 7).

¿Quiere Dios que todos sean salvos?

El calvinismo niega que Cristo haya muerto por todos, a la vez que argumenta que Dios no quiere que todos sean salvos. El lector puede observar cómo esto se opone al carácter de Dios, quien “*no hace acepción de personas*” (Hech. 10:34), y se opone a la palabra de

Dios, donde leemos que Cristo “*se dio a sí mismo en rescate por todos*” (1 Tim. 2:6).

“La doctrina de la expiación limitada (también conocida como «expiación definida» o «redención particular») dice que la expiación de Cristo se limitó (en su alcance y objetivo) a los elegidos; Jesús no expió los pecados de todas las personas del mundo” (R. C. Sproul, “¿Qué es la expiación limitada?”).

“Dios decretó que salvaría a un cierto número de personas de la humanidad caída, personas que la Biblia llama los elegidos. Para que ese plan de elección se llevara a cabo en la historia, Dios envió a Su Hijo al mundo con el objetivo específico de lograr la redención de los elegidos. Esto se cumplió perfectamente, sin que se desperdiciara ni una gota de la sangre de Cristo. Todos los que el Padre eligió para salvación son salvos por medio de la expiación” (R. C. Sproul, “¿Qué es la expiación limitada?”).

Si el calvinismo tiene razón, Dios ha decretado soberanamente salvar a los elegidos, y no salvar a los demás. Es decir, debido a que el ser humano no puede escoger a Dios, será Dios quien escogerá por el hombre, salvando a unos, los escogidos incondicionalmente, y desechando a los reprobados.

En consideración de lo anterior, ¿qué sucederá con los niños, los recién nacidos, y los bebés aún por nacer? En el calvinismo no hay mecanismo que impida la condenación eterna de los reprobados, sin importar su edad.

Dios quiere que todos sean salvos

La Biblia enseña claramente que Dios envió a su santo Hijo para que el mundo sea salvo por él, por lo cual el evangelio debe ser predicado a todos (Mat. 28:19,20; Mar. 16:15,16; Luc. 24:46,47; Hech. 1:8; 8:4; Col. 1:5,6,23; Apoc. 14:6). Esto no es un desperdicio de la sangre de Cristo, como implica R. C. Sproul, esto es la bondad, el

amor y la misericordia de Dios (Tito 3:4-7), es decir, su “*gracia*” manifestada (Tito 2:11; 3:7).

“El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Ped. 3:9).

“Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Tim. 2:3,4).

Torciendo las sagradas Escrituras (2 Ped. 3:16), los calvinistas se apresuran a indicar que la palabra “*todos*” se aplica solamente a los elegidos, como si los apóstoles hubiesen dicho “*todos los elegidos y no los reprobados.*” Sin embargo, una lectura cuidadosa indica que “*todos*” es precisamente eso, “*todos,*” la totalidad de la humanidad.

Piénselo detenidamente. Mientras el calvinismo afirma que Dios es activo en la salvación de los elegidos, ¿por qué Dios está esperando con tanta paciencia (pasivamente) a que los elegidos se arrepientan? Si la teología reformada enseña que los elegidos no pueden escoger a Dios porque están depravados, y es Dios quien los atrae irresistiblemente, ¿por qué Dios está esperando? Si Dios ordenó de antemano todas las cosas y eligió soberanamente todo, ¿por qué necesita usar de paciencia? Si la soberana voluntad de Dios es que todos se salven, ¿quién se lo impide? ¿Está Dios teniendo paciencia consigo mismo?

Por el contrario, si el hombre tiene libre albedrío pleno, y puede llegar a escoger a Dios sujetándose al evangelio, entonces Dios es misericordioso al no querer que ninguno perezca; es paciente, esperando que todos se arrepientan; y es justo al condenar a “*los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo*” (2 Tes. 1:8,9). Esta interpretación es concordante con la evidencia bíblica, donde “*todos*” (1 Tim. 2:4,6; 2 Ped. 3:9) son

precisamente eso, “todos los hombres,” la humanidad que debe arrepentirse y conocer la suprema verdad.

Conclusión

La Biblia dice que Dios envió a su Hijo “*para que el mundo sea salvo por él*” (Jn. 3:14-17). Jesucristo “*es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo*” (1 Jn. 2:2), “*el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*” (Jn. 1:29).

La expiación no fue limitada por Dios a individuos preseleccionados incondicionalmente, por tal razón, no hay impedimento de parte de Dios para que todo el mundo sea salvo.

Gracia irresistible

La doctrina de “la gracia irresistible” se explica de la siguiente manera, “la salvación de los pecadores merecedores del infierno es obra exclusiva del Dios trino. Cuando los calvinistas dicen que la gracia es irresistible, quieren decir que el Espíritu Santo nunca falla en llamar, regenerar y salvar a quienes el Padre ha elegido y Cristo ha redimido” (Joel R. Beeke, “¿Qué es la gracia irresistible?”).

“A todos aquellos a quienes Dios ha predestinado para vida, y a ellos solamente, le agrada en su tiempo señalado y aceptado, llamar eficazmente (1) por su palabra y Espíritu, (2) fuera del estado de pecado y muerte en que están por naturaleza, a la gracia y salvación por Jesucristo; (3) iluminando espiritual y salvadoramente su entendimiento, a fin de que comprendan las cosas de Dios; (4) quitándoles el corazón de piedra y dándoles uno de carne; (5) renovando sus voluntades y por su potencia todopoderosa, induciéndoles hacia aquello que es bueno, (6) y trayéndoles eficazmente a Jesucristo; (7) de tal manera que ellos vienen con absoluta libertad, habiendo recibido por la gracia de Dios la voluntad de hacerlo” (Confesión de Westminster, X 1).

Según esta doctrina, el Espíritu Santo atrae eficazmente a los predestinados a la salvación a quienes él llama personalmente cumpliendo su voluntad de salvarles, porque ellos son los elegidos. Aunque la llamada general del evangelio pueda ser rechazada, la llamada interna del Espíritu siempre resultará en la conversión de estos individuos elegidos.

¿Qué dice la Biblia?

La Biblia afirma claramente que el Espíritu Santo tiene un papel, o rol, crucial para la conversión de los pecadores. El pecador debe:

1. Ser nacido del Espíritu (Jn. 3:5).
2. Vivificado por el Espíritu (Jn. 6:63).
3. Convencido por el Espíritu (Jn. 16:8).
4. Librado por el Espíritu (Rom. 8:2).
5. Santificado por el Espíritu (2 Tes. 2:13; 1 Cor. 6:11).
6. Justificado por el Espíritu (1 Cor. 6:11).
7. Lavado por el Espíritu (1 Cor. 6:11).
8. Llamado por el Espíritu (Apoc. 22:17).

Evidentemente, todos estos actos son posibles por la obra del Espíritu Santo. No obstante, una cosa es saber que el Espíritu Santo obra en la conversión, y otra cosa muy diferente es comprender cómo él hace su obra para la conversión de los pecadores.

Piense lo siguiente, si el Espíritu Santo opera de manera directa en el alma del pecador, aparte de la predicación del evangelio (escrita o hablada), ¿por qué todos los casos bíblicos de conversión ocurrieron por la predicación del evangelio?

Ciertamente, la obra del Espíritu Santo es imprescindible para la regeneración de los que están perdidos. Pero, su obra es ejercida a través de su palabra revelada, su espada (Ef. 6:17) y no aparte de la Escritura (2 Tim. 3:16,17). Es por el Espíritu Santo que uno llega a bautizarse para pertenecer al cuerpo de Cristo (1 Cor. 12:13) y este resultado es conseguido por la palabra del Espíritu (Ef. 5:26; 6:17).

El Espíritu Santo obra mediante su palabra

Nacer del Espíritu (Jn. 3:5)	Nacer por la palabra de Dios (1 Ped. 1:23)
Vivificado por el Espíritu (Jn. 6:63)	Vivificado por la palabra de Dios (Sal. 119:50)
Convencido por el Espíritu (Jn. 16:8)	Convencido por la palabra (Tito 1:9)
Libertado por la ley del Espíritu (Rom. 8:2)	Libertado por el evangelio (Luc. 4:18; Jn. 8:32; Gal. 5:1)
Santificado por el Espíritu (1 Cor. 6:11; 2 Tes. 2:13)	Santificado por la palabra de Dios (Jn. 17:17)
Justificado por el Espíritu (1 Cor. 6:11)	Justificado por la fe (Rom. 5:1) por oír la palabra de Dios (Rom. 10:17)
Lavado por el Espíritu (1 Cor. 6:11)	Lavado por la palabra de Dios (Ef. 5:26)
Llamado por el Espíritu (Apoc. 22:17)	Llamado por el evangelio (2 Tes. 2:14) dado por el Espíritu (1 Ped. 1:12)

El proceso de la conversión

El proceso de conversión, designado como un nuevo nacimiento (Jn. 3:3,5), sólo es posible por la agencia del Espíritu Santo. Pero, ¿cómo sucede esto? Leamos con atención:

¿Quién? El Espíritu Santo	¿A través de qué? La revelación escrita – La palabra de Dios
Fruto de fe (Gal. 5:22)	Produce fe en los corazones por medio de la palabra (Rom. 10:17)
Nuevo nacimiento (Jn. 3:3-8)	Renacer por la palabra (1 Ped. 1:23; Sant. 1:18; 1 Cor. 4:15)
Convence (Jn. 16:8)	Convence por medio de la palabra (Tito 1:9)
Lava (1 Cor. 6:11)	Lava por medio de la palabra (Ef. 5:26; Jn. 15:3)
Vivifica (Rom. 8:11; 2 Cor. 3:6)	Vivifica por medio de la palabra (Sal. 119:93; Jn. 6:63)
Renueva para salvación (Tit. 3:5)	Salva por medio de la palabra (Sant. 1:21)
Liberta (Rom. 8:2, 14-15)	Liberta por medio de la palabra (Jn. 8:32)
Guía, dirige (Rom. 8:14)	Dirige y guía por medio de la palabra (Sal. 119:105)
Santifica (Rom. 15:16)	Santifica por medio de la palabra (Jn. 17:17)
Testifica (1 Jn. 5:6; Heb. 10:15)	Testifica a través de la palabra (Jn. 5:39; Heb. 10:16-17)
Andar en el Espíritu (Gal. 5:25)	Andar en el Espíritu por medio de la palabra (2 Jn. 2:16)
Edifica (Ef. 2:22)	Edifica por medio de la palabra (Hech. 20:32)
Fortalece (Ef. 3:16)	Fortalece por medio de la palabra (1 Jn. 2:14)
Fortalece, consuela y conforta (Hech. 9:31)	Conforta y consuela por medio de la palabra (Heb. 15:31; Sal. 119:76)
Nos reconcilia con Dios (Ef. 2:18)	Nos reconcilia con Dios por medio de la palabra (2 Cor. 5:19)

*“Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, **mediante el Espíritu**, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro; **siendo renacidos**, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, **por la palabra de Dios** que vive y permanece para siempre”* (1 Ped. 1:22,23, énfasis mío, jh).

*“El, de su voluntad, nos hizo nacer **por la palabra de verdad**, para que seamos primicias de sus criaturas”* (Sant. 1:18, énfasis mío, jh).

*“ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y **por el Espíritu de nuestro Dios**”* (1 Cor. 6:11, énfasis mío, jh).

*“yo os engendré **por medio del evangelio**”* (1 Cor. 4:15, énfasis mío, jh).

Si leemos con cuidado, aprendemos que mediante el Espíritu la salvación se hace posible por la palabra de Dios. Es decir, así como el cirujano obra en el cuerpo humano mediante un bisturí, el Espíritu Santo obra para nuestra salvación mediante su palabra. Es así como Pablo engendró a los corintios, por medio del evangelio, el cual es el instrumento del Espíritu Santo para la salvación.

Conclusión

El ser “llenos del Espíritu” (Ef. 5:18) depende de la voluntad del cristiano que deja morar en él la palabra de Cristo (Col. 3:16). Podemos ser llenos del Espíritu y hablar la verdad (Hech. 4:31), o podemos ser llenos de Satanás y hablar mentira (Hech. 5:3,4).

El Espíritu Santo actúa por medio, o a través, de su palabra revelada, la cual es su espada (Ef. 6:17). Los casos bíblicos de conversión en el libro Hechos son elocuente testimonio de esto.

Si otra cosa se necesita para la salvación de los hombres, ¿por qué Pablo dijo que el evangelio es el poder de Dios para salvación (Rom. 16:16)? ¿Por qué a Dios le agradó salvar a los creyentes por la predicación (1 Cor. 1:21)?

“Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apoc. 22:17).

Perseverancia de los santos

La perseverancia de los santos es una doctrina calvinista que se explica de la siguiente forma: “A quienes Dios ha aceptado en su Amado, y que han sido llamados eficazmente y santificados por su Espíritu, no pueden caer ni total ni definitivamente del estado de gracia, sino que ciertamente han de perseverar en él hasta el fin, y serán salvados eternamente” (Confesión de Westminster, XVII, 1).

“aquellos que están realmente, genuinamente convertidos sí se mantendrán, no perderán su salvación, porque creemos que si la tienes nunca la pierdes. Y si la pierdes, nunca la tuviste” (R. C. Sproul, “Perseverancia de los santos”).

Según podemos entender, esta doctrina del calvinismo enseña que los verdaderos cristianos no podrían caer total y definitivamente de la gracia, es decir, no podrían volver a una condición perdida a pesar de sus acciones (cf. Heb. 10:26-31).

Ciertamente, los verdaderos cristianos deben confiar en que han sido hechos salvos en Cristo y disfrutar de la seguridad de la vida eterna que les será conferida en el día postrero (cf. Fil. 4:4-9; 2 Tim. 4:8; 1 Jn. 4:17,18; 5:13), sin embargo, la Biblia no afirma que el cristiano que se vuelva desobediente o deliberadamente pecador podrá disfrutar de la comunión con Dios y la vida eterna (cf. 1 Jn. 1:6; 2:6).

La pregunta *no es* “¿puede el fiel cristiano perderse?”. La pregunta es, “¿Qué sucederá con el cristiano que se vuelve profano, que se vuelve al mundo, y se endurece en el engaño del pecado?”

El peligro de la apostasía

Donde el calvinismo afirma que el cristiano legítimo no podría apostatar completamente, o definitivamente, la Biblia afirma lo

contrario. No debemos ir demasiado lejos para entender que el concepto de apostasía no existiría, en su aplicación al pueblo de Dios, si tal cosa fuera una instancia imposible. Dicho de otra manera, el concepto mismo de apostasía, tal como es usado en la Biblia, contradice a la teología reformada y le da un golpe mortal.

“Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos. Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Cor. 10:11,12).

“Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron” (Heb. 2:1-3).

“Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado” (Heb. 3:12,13).

Si el cristiano no podría caer de la gracia (cf. Gal. 5:4), ¿qué significan las muchas advertencias del Nuevo Testamento para que el cristiano se esfuerce para no caer del estado de salvación (ej. 2 Ped. 1:10,11; 3:17,18; Jud. 1:21)? La Biblia enseña que el cristiano puede endurecerse por el engaño del pecado, volverse un impío, es decir, apostatar (cf. Luc. 8:13; 1 Tim. 4:1; 2 Tim. 4:10; 2 Jn. 9).

Ejemplos de apostasía

A la vez que la Biblia advierte al pueblo de Dios sobre la apostasía, también indica ejemplos que ilustran el peligro de apartarse de la buena senda (Mat. 7:13,14).

“manteniendo la fe y buena conciencia, desechando la cual naufragaron en cuanto a la fe algunos, de los cuales son Himeneo y Alejandro, a quienes entregué a Satanás para que aprendan a no blasfemar” (1 Tim. 1:19,20).

Himeneo y Alejandro habían naufragado en cuanto a la fe, e incluso, fueron entregados a Satanás. Pablo indica con mucha claridad que ya no estaban en una condición, o estado, de salvación. Sin embargo, podían aprender y arrepentirse, *“para que aprendan a no blasfemar.”* Piénselo detenidamente, ¿de qué manera podría quedar más claro que Himeneo y Alejandro estaban perdidos a menos que se arrepintieran?

“De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído” (Gal. 5:4).

Aquellos que alguna vez estuvieron en un estado de salvación plena, de gracia plena, de comunión plena con Dios, se apartaron del Señor, *“De Cristo os habéis separado”* (LBLEA), y cayeron de la gracia. Alguno podría sugerir que “a pesar de caer de la gracia no habían perdido su justificación, porque estaban en un estado de elección y justicia ante Dios.” Pero, si alguno está desligado de Cristo, está fuera de la redención en Cristo (Rom. 3:24), fuera de todas las bendiciones en Cristo (Ef. 1:3) y fuera de la elección en Cristo (Ef. 1:4). No hay salvación aparte de Cristo (Jn. 14:6; Hech. 4:12).

El calvinista admite que el legítimo cristiano podría caer en pecado, pero no admitiría que el verdadero cristiano podría perder su justificación y elección. El credo impide al calvinista entender que la

elección es condicional a la permanencia en Cristo, y que la permanencia en Cristo es condicional a la obediencia (cf. Gal. 1:6; 3:1; 3:27; 5:4). No obstante, la Biblia enseña que los gálatas se apartaron de Cristo y cayeron de la gracia, perdiendo así su estado de justificación y toda bendición en Cristo. Pero, los gálatas podían arrepentirse y ser salvos (1 Jn. 1:9).

Conclusión

La Biblia no solo enseña que es posible que el santo caiga de la gracia, también enseña que algunos santos cayeron de la gracia perdiendo así su estado de justificación. A su vez, la Biblia nos habla de santos fieles y fuertes que velaron y lucharon para no caer, *“Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado”* (1 Cor. 9:26,27).

¿Qué estamos haciendo? ¿Estamos procurando mantener un credo y una tradición? ¿Respondemos nuestras preguntas con las sagradas Escrituras o cuestionamos las sagradas Escrituras con nuestras preguntas? Dios sabe y juzgará.

Romanos 9 y la elección incondicional del Calvinismo

El capítulo 9 de la epístola de Pablo a los romanos es lugar favorito para los calvinistas. Nos dicen que Jacob fue escogido mucho antes de hacer alguna buena obra (v.9-13), porque Dios escoge a quien extenderá su misericordia (v.15) y a quien endurecerá (v.18). Suena convincente, ¿verdad?

John Piper afirmó, “Romanos 9 uno de los capítulos más importantes en la formación de mi manera de pensar acerca de todo, y en la forma en que me he conducido en el ministerio... Cuando entré en el seminario yo creía en la libertad de mi voluntad... Romanos 9 es como un tigre que está a punto de devorar a los voluntariosos como yo. Ése fue el fin de mi aventura amorosa con la autonomía humana, y la última libre determinación de mi voluntad. Mi visión del mundo simplemente no podía permanecer en pie contra Las Escrituras, sobre todo, contra Romanos 9. Y ese fue el comienzo a una pasión de por vida, por ver y saborear la supremacía de Dios en absolutamente todo” (“The Absolute Sovereignty of God: What Is Romans Nine About?”).

Con una lectura superficial, que no considera el contexto, y una alta dosis de teología reformada en el cerebro, Romanos 9 *suena calvinista*. Sin embargo, el texto sagrado no enseña la elección incondicional de individuos para salvación y el desecho de otros respecto a la salvación eterna, aunque sí enseña mucho sobre la soberanía de Dios.

¿Cuál es el punto?

Con Romanos 9 comienza la segunda parte de la epístola a los romanos. En la primera parte, es decir, los primeros 8 capítulos,

encontramos la parte doctrinal; mientras que, en la segunda parte, es decir, en los siguientes 8 capítulos, encontramos el aspecto práctico de la enseñanza de la primera parte.

Se ha dicho, y con razón, que los capítulos 9-11 son una porción de explicación de una problemática, la cual podemos denominar “el problema judío.” El problema es el siguiente, “cómo la doctrina de la justificación por la fe en Jesucristo se relaciona con el pacto que Jehová hizo en el monte Sinaí.” Este problema era una cuestión viva en el primer siglo.

El tema de Pablo en Romanos 9 es la completa libertad de Dios para llevar adelante su plan de redención en Cristo, y el derecho de Dios para predeterminar y usar a la nación de Israel como la avenida a través de la cual vendría el Mesías.

Dios es soberano y en su soberanía escoge. Pero, el argumento del apóstol Pablo no trata de elecciones de individuos para salvación, como el calvinista cree. Además, las elecciones que Dios ha hecho, indicadas al principio y al final del capítulo, descansan sobre la base contextual de la historia del Antiguo Testamento. El calvinista suele pasar por alto el contexto de las declaraciones del Antiguo Testamento citadas por Pablo en Romanos 9.

El lector debe estudiar con cuidado el argumento de Pablo y notará las inconsistencias con las cuales el calvinista tuerce el sentido de lo que el apóstol Pablo escribió.

Una nación elegida

“Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne; que son israelitas, de los cuales son la

adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén” (Rom. 9:1-5).

He aquí el corazón de Pablo, su “*gran tristeza y continuo dolor*” lo motivaban, al igual que Moisés, a buscar la salvación de la nación. Sin embargo, como en el tiempo de Moisés (Ex. 32:31-33; 33:16-19), la nación de Israel del tiempo de Pablo no estaba dispuesta a someterse a Dios (cf. Rom. 10:1-3).

La nación elegida (Ex. 19:5,6; Deut. 7:6), de la cual según la carne vino Cristo, rechazó a su Mesías, “*A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron*” (Jn. 1:11) aunque Dios había prometido “*el evangelio*” por medio de “*los profetas en las santas Escrituras*” (Rom. 1:1,2) y este glorioso evangelio confirmaba la ley (Rom. 3:31).

¿Falló la promesa de Dios?

“No que la palabra de Dios haya fallado; porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos; sino: En Isaac te será llamada descendencia. Esto es: No los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino que los que son hijos según la promesa son contados como descendientes” (Rom. 9:6-8).

El plan de Dios no había fracasado. La razón es sencilla. No todos los descendientes de Israel serían salvos por el solo hecho de ser integrantes de la nación. La elección de Dios no estaba basada en el linaje, sino en la promesa. Dios decidió estos términos, es decir, eligió que así fuera (Rom. 9:9,10).

La intención de Dios nunca fue salvar espiritualmente a toda la simiente de Abraham, solo porque eran sus descendientes. Los

israelitas podían saber esto y sentirse cómodos con este concepto general al escudriñar sus propias sagradas Escrituras. Estaban íntimamente familiarizados con al menos dos ocasiones en las que el linaje del patriarca se separó y la promesa de Dios a Abraham se confirió a una rama y no a la otra. Por ejemplo, Dios escogió a Isaac sobre Ismael (Gen. 17:21), aunque ambos eran hijos de Abraham, y luego escogió a Jacob sobre Esaú, aunque ambos eran hijos de Isaac y nietos de Abraham.

Por lo tanto, Dios sí cumplió con sus promesas, en los hijos según la promesa, y no en los hijos según la carne. Es decir, si entendemos cuál es el verdadero Israel (1 Ped. 2:9,10; cf. Hech. 15:13-19; Rom. 9:25,26), y entendemos que Dios le usa como avenida de bendición para el mundo, veremos que la palabra de Dios no ha fallado.

Jacob, no Esaú

“(pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama), se le dijo: El mayor servirá al menor. Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí” (Rom. 9:11-13).

El calvinista se apresura a indicar una elección incondicional de un individuo y el rechazo de otro, señalando a Dios como eligiendo el destino eterno independientemente de sus obras, es decir, predestinando incondicionalmente. Pero, este no es el argumento de Pablo.

El argumento calvinista puede ilustrarse de la siguiente manera:

- “la elección de Jacob por parte de Dios solo dependió de su propio plan soberano, un ejemplo perfecto de elección para salvación. Dios ha escogido a algunos judíos y a

algunos gentiles, pero no a todos, para salvación...” (J. F. MacArthur, Biblia de Estudio).

- “Aquí es cuando Pablo busca ilustrar su comprensión de la elección divina. Él usa, con el fin de ilustrarla, un ejemplo de dos hombres. Y creo que es significativo que los dos personajes que elige son hermanos y no solo son hermanos, sino que son mellizos... Y en su reflexión acerca de estos dos hombres, él enfatiza que uno es preferido por encima del otro aun antes de que nazcan...” (“¿Crea Dios la incredulidad?” R. C. Sproul).

El argumento calvinista es *radicalmente falso*. El texto no trata de alguna elección incondicional para salvación o condenación. El apóstol Pablo enfocó la elección de una *nación*, Israel, en contraste con otra nación que no fue elegida, Edom. El lector debe recordar el argumento desde el principio. Pablo está enseñando que una nación fue elegida con un propósito, a saber, la venida de Cristo (Rom. 9:5).

Citando al profeta Malaquías, Pablo dijo: “A Jacob amé, mas a Esau aborrecí.” *La profecía de Malaquías dice lo siguiente: “Yo os he amado, dice Jehová; y dijisteis: ¿En qué nos amaste? ¿No era Esau hermano de Jacob? dice Jehová. Y amé a Jacob, y a Esau aborrecí, y convertí sus montes en desolación, y abandoné su heredad para los chacales del desierto.”* Sencillamente, *no son individuos* los involucrados, sino naciones, y Dios eligió a una, Israel.

La Biblia nos informa de la superioridad de Esau sobre su hermano menor, Jacob. Esau era más fuerte que Jacob, y amenazó con matarlo (Gen. 27:41) y Jacob tuvo que huir de Esau (Gen. 27:42 - 28:5). Veinte años después, Jacob estaba atemorizado frente a la expectativa de encontrarse con Esau (Gen. 32:3-21) y se inclinó siete veces hasta que llegó a él (Gen. 33:1-3).

Si la profecía hablaba de individuos, Dios falló, porque Jacob en vida no superó a Esau. Pero, Dios no hablaba de individuos sino de *naciones*. El calvinismo es inconsistente con la historia bíblica.

La historia bíblica indica que Edom era una nación poderosa que superó a Israel (Gen. 36:1-43) hostigando al pueblo de Dios en su viaje a la tierra de promisión (Num. 20:14-21). Siglos después, Babilonia y Grecia subyugaron ambas naciones, pero Israel quedó como un remanente significativo (Ez. 14:21,22; cf. Ez. 25:12-14; 32:29; Jl. 3:19; Am. 9:12).

El punto es el siguiente: Entre Romanos 9:11,12 y Romanos 9:13 hay más de mil años. Piense en este detalle detenidamente.

Las naciones Jacob (Israel) y Esaú (Edom) sufrieron juicio nacional (Mal. 1:1-4), porque *Dios es justo*. Sin embargo, Dios llevaba adelante su plan de redención en Cristo (Rom. 9:4,5).

Si el calvinismo tiene razón, todos los edomitas fueron condenados al infierno y los judíos fueron salvos incondicionalmente. No obstante, Judas era judío (Mat. 26:21-24; Hech. 1:25), al igual que los fariseos opositores del Señor (Mat. 23:13-33). Sin duda alguna, la premisa calvinista está equivocada y debe ser descartada.

En consideración de la evidencia bíblica, podemos asegurar que hubo *elección incondicional de ciertas naciones*. Pero, la elección incondicional de Dios solo se aplica al papel de aquellas naciones con el propósito de traer al Mesías, no para la salvación de ciertos individuos en detrimento de otros.

El derecho de Dios

“¿Qué, pues, diremos? ¿Que hay injusticia en Dios? En ninguna manera. Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca. Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia” (Rom. 9:14-16).

Pablo argumenta acerca del derecho de Dios para elegir, lo cual no depende de lo que alguno, por ejemplo, el judío, quiera o haga. Sencillamente, la salvación no descansa sobre la base de lo que queramos o hagamos, sino sobre los términos que Dios ha determinado. Estos términos elegidos por Dios confirman lo revelado en la ley (Rom. 3:31; cf. Luc. 24:25,26,44).

Dios ha elegido salvar a judíos y gentiles de la misma manera: Por medio del evangelio (Rom. 1:16,17) cuyo eje es Jesucristo (Rom. 1:3; 3:21-31). Dios es soberano, y tiene el derecho de elegir los términos de la misericordia (cf. Prov. 28:13; Is. 55:7; 1 Ped. 5:5).

Moisés encontró gracia y misericordia para sí mismo, pero no para la desobediente nación, *“Y dijo Moisés a Jehová: Mira, tú me dices a mí: Saca este pueblo; y tú no me has declarado a quién enviarás conmigo. Sin embargo, tú dices: Yo te he conocido por tu nombre, y has hallado también gracia en mis ojos. Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos; y mira que esta gente es pueblo tuyo. Y él dijo: Mi presencia irá contigo, y te daré descanso. Y Moisés respondió: Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí. ¿Y en qué se conocerá aquí que he hallado gracia en tus ojos, yo y tu pueblo, sino en que tú andes con nosotros, y que yo y tu pueblo seamos apartados de todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra? Y Jehová dijo a Moisés: También haré esto que has dicho, por cuanto has hallado gracia en mis ojos, y te he conocido por tu nombre. El entonces dijo: Te ruego que me muestres tu gloria. Y le respondió: Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente”* (Ex. 33:12-19; cf. Rom. 9:1-4; 10:1-3).

El endurecimiento de Faraón

“Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que

mi nombre sea anunciado por toda la tierra. De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece” (Rom. 9:17,18).

Dios eligió levantar a Faraón con propósitos definidos, “*para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra.*” Estos propósitos formaron parte del despliegue de su eterno plan de redención (cf. Gen. 3:15; Ef. 3:11). La nación Israel debía salir de su esclavitud, y un día mediante ellos vendría Cristo (Rom. 9:5).

Así como Faraón, obstinado y endurecido, la nación de Israel del tiempo de Pablo también lo estaba (cf. Rom. 9:27-29; 11:22-32).

La Biblia nos informa que Faraón endureció su propio corazón (Ex. 5:2; 8:15,32; 9:34; cf. 1 Sam. 6:6), y que su corazón se endureció contra Dios (Ex. 7:13,14,22; 8:19; 9:7,35). Luego de varias advertencias, y tiempo para arrepentimiento, Dios endureció judicialmente el corazón de Faraón (Ex. 9:12; 10:1,2,20,27; 11:10; 14:8) tal como lo había dicho (Ex. 4:21; 7:3; 9:12).

Debido a su propia terquedad, Faraón fue entregado judicialmente a las consecuencias de sus propios hechos, y a la vez Dios exhibió en Faraón su eterno poder y gloria.

No fue sino hasta la sexta plaga cuando Jehová Dios endureció judicialmente al obstinado Faraón quien estaba resuelto contra Dios (Ex. 9:12).

El registro bíblico nos informa que Dios endureció judicialmente a Faraón con tres propósitos:

- Dar testimonio convincente a los egipcios de que Jehová es verdaderamente Dios, “*y sabrán los egipcios que yo soy Jehová*” (Ex. 7:3-5; 14:4).
- Dar testimonio convincente a Israel de que Jehová es verdaderamente Dios, “*para que cuentes a tus hijos y a tus*

nietos las cosas que yo hice en Egipto, y mis señales que hice entre ellos; para que sepáis que yo soy Jehová” (Ex. 10:1,2).

- Dar testimonio convincente al mundo de que Jehová es verdaderamente Dios, “*yo extenderé mi mano para herirte a ti y a tu pueblo de plaga, y serás quitado de la tierra. Y a la verdad yo te he puesto para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado en toda la tierra”* (Ex. 9:13-17).

Dios nunca obligó a Faraón a resistirle. Cuando Faraón reaccionó demostrando su impiedad y dureza de corazón, Dios le usó para demostrar a los egipcios, a Israel, y al mundo entero, *quien es Jehová*. Así, pues, Jehová Dios fue vindicado endureciendo a los rebeldes y mostrando misericordia a los obedientes. ¿No tiene Dios el derecho de hacer tal cosa? Los judíos incrédulos del tiempo de Pablo, y el mundo desobediente de hoy, deben aprender esta lección. Dios es libre, y su plan de redención inalterable, “*El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones”* (Sal. 33:11).

El apóstol Pablo dijo a los romanos que también había ocurrido endurecimiento en el Israel físico (Rom. 11:25). Este endurecimiento no fue contra la voluntad de ellos. Judicialmente fueron endurecidos luego de que tuvieron amplia oportunidad de escuchar el evangelio de Jesucristo (Rom. 10:16-21). No fue un endurecimiento total, sino en parte (“parcial,” LBLA), porque hay remanente (Rom. 11:1-7).

Así, también, Pablo mencionó un endurecimiento en conexión con las consecuencias de la apostasía que precedería a la segunda venida de Cristo (2 Tes. 2:1-10). Dios enviaría “*un poder engañoso*” (2 Tes. 2:11,12) contra quienes rechazaran “*el amor de la verdad para ser salvos*” (2 Tes. 2:10). Tal endurecimiento no ocurre contra la voluntad de la persona (cf. Rom. 1:21,24,26,28; Lam. 3:65,66).

Citando a Isaías, Pablo escribió, “*Dios les dio espíritu de estupor, ojos con que no vean y oídos con que no oigan, hasta el día de hoy*” (Rom. 11:8; cf. Is. 29:10; Deut. 29:4).

Estupor: “insensibilidad o entorpecimiento de la mente... lo que hace sus almas aletargadas tan insensibles que no se ven afectadas en absoluto por la oferta de salvación que se les hizo a través del Mesías” (H. Thayer).

“Dios es el agente que permite, pero Satanás es el agente activo en esto de endurecer, dar espíritu de estupor, etcétera. La obra de Isaías fue la ocasión de este estupor de parte de los judíos de ese tiempo, pero la causa estaba en los judíos mismos: su rebeldía. De igual manera en el tiempo de Pablo, al escribir esta epístola a los Romanos, la obra y vida de Jesús fue la ocasión, pero los judíos desobedientes eran responsables de su condición espiritual” (B. H. Reeves, Notas sobre Romanos).

El alfarero y el barro

Anticipándose a la reacción del incrédulo y endurecido, Pablo dijo, *“Pero me dirás: ¿Por qué, pues, inculpa? porque ¿quién ha resistido a su voluntad? Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?”* (Rom. 9:19-21).

Entendiendo que el Israel físico, incrédulo y endurecido, es la preocupación original (cf. Rom. 9:1-6), Pablo responde al judío que ha rechazado el plan de salvación en Cristo, judío impenitente que buscaría justificarse acusando a Dios de injusticia, culpando a Dios por su propia dureza y condenación.

Dios es libre de ejercer su potestad. Dios puede usar a diversos individuos para llevar adelante sus propósitos, por ejemplo, a Ciro, un persa pagano. Nadie podría altercar contra Dios por su preparación providencial en la cual Ciro sería instrumento para la salvación física del pueblo de Dios.

Preste mucha atención al argumento en la profecía de Isaías citado por Pablo en Romanos 9:20.

“Así dice Jehová a su ungido, a Ciro, al cual tomé yo por su mano derecha, para sujetar naciones delante de él y desatar lomos de reyes; para abrir delante de él puertas, y las puertas no se cerrarán: Yo iré delante de ti, y enderezaré los lugares torcidos; quebrantaré puertas de bronce, y cerrojos de hierro haré pedazos; y te daré los tesoros escondidos, y los secretos muy guardados, para que sepas que yo soy Jehová, el Dios de Israel, que te pongo nombre. Por amor de mi siervo Jacob, y de Israel mi escogido, te llamé por tu nombre; te puse sobrenombre, aunque no me conociste. Yo soy Jehová, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí. Yo te ceñiré, aunque tú no me conociste, para que se sepa desde el nacimiento del sol, y hasta donde se pone, que no hay más que yo; yo Jehová, y ninguno más que yo, que formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz y creo la adversidad. Yo Jehová soy el que hago todo esto. Rociad, cielos, de arriba, y las nubes destilen la justicia; ábrase la tierra, y prodúzcanse la salvación y la justicia; háganse brotar juntamente. Yo Jehová lo he creado. ¡Ay del que pleitea con su Hacedor! ¡el tiesto con los tiestos de la tierra! ¡Dirá el barro al que lo labra: ¿Qué haces?; a o tu obra: ¿No tiene manos?” (Is. 45:1-9).

Luego, Pablo citó la profecía de Jeremías (Rom. 9:21). Considere con atención como el alfarero, que representa al Señor, y el barro, que representa a los hijos de Israel en los días de Jeremías. Note como la arcilla se estropeó (no la estropeó el alfarero), y como la intención del alfarero no era que se estropeará sino hacer una vasija útil. Vea como el libre albedrío está involucrado, pueblos y reinos pueden arrepentirse y convertirse, o empeñarse en el pecado y ser destruidos.

“Palabra de Jehová que vino a Jeremías, diciendo: Levántate y vete a casa del alfarero, y allí te haré oír mis palabras. Y descendí a casa del alfarero, y he aquí que él trabajaba sobre la rueda. Y la vasija de barro que él hacía se echó a perder en su mano; y volvió y la hizo otra vasija, según le pareció mejor hacerla. Entonces vino a mí palabra de Jehová, diciendo: ¿No podré yo hacer de vosotros como este alfarero, oh casa de Israel? dice Jehová. He aquí que como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel. En un instante hablaré contra pueblos y contra reinos, para arrancar, y derribar, y destruir. Pero si esos pueblos se convirtieren de su maldad contra la cual hablé, yo me arrepentiré del mal que había pensado hacerles, y en un instante hablaré de la gente y del reino, para edificar y para plantar. Pero si hiciere lo malo delante de mis ojos, no oyendo mi voz, me arrepentiré del bien que había determinado hacerle” (Jer. 18:1-10).

Es debido a lo anterior que Dios dijo, *“Ahora, pues, habla luego a todo hombre de Judá y a los moradores de Jerusalén, diciendo: Así ha dicho Jehová: He aquí que yo dispongo mal contra vosotros, y trazo contra vosotros designios; conviértase ahora cada uno de su mal camino, y mejore sus caminos y sus obras” (Jer. 18:11).*

Dios puede moldear como le parezca, tal como lo hace un alfarero. Pero, el resultado no es independiente de la voluntad de la persona, sino la consecuencia de ello. Dios prometió cambiar sus planes para una nación si se arrepentían o se endurecían. Aquí Dios manifiesta claramente la razón de extender misericordia o derramar su ira. Humildad, arrepentimiento, obediencia, o la falta de ellos, son tomados en cuenta por Dios. Obviamente, una nación no puede exhibir arrepentimiento colectivo sin que sus integrantes se arrepientan (cf. Jon. 3:1-10).

Luego, Pablo escribió, “¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria” (Rom. 9:22,23).

Dios perseveró para llevar a cumplimiento su plan de redención, a pesar de que la nación judía, el Israel físico, en el avance de la historia le rechazaba en incredulidad e idolatría, estos eran “*vasos de ira preparados para destrucción.*”

Con facilidad el calvinista observa las frases “*vasos de ira preparados para destrucción*” y “*vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria.*” Con estas frases sueltas, liberadas del contexto, el calvinista predica la soberana predestinación incondicional e individual.

John F. MacArthur, en su Biblia de Estudio, afirma lo siguiente: “Dios sería justo en destruir a los pecadores la primera vez que pecan, pero Él en su paciencia soporta su rebelión y permite que vivan en lugar de darles lo que todo pecado merece de inmediato: castigo eterno.”

El argumento calvinista es *un absurdo*, deja a Dios teniendo paciencia con vasos de ira que él mismo creó y sustentó, es decir, aquí leemos de un Dios perfecto, omnisciente y omnipotente, teniéndose paciencia a sí mismo. El calvinismo nos enseña de un Dios en lucha contra sí mismo. ¿Cómo es posible que Dios ejerza su longanimidad con lo que el mismo creó, sin haber fallado en prever y controlar a seres tan exasperantes? Si Dios no ha dado opción de libre voluntad, ¿por qué ejercer tanta paciencia con seres sin voluntad abusados por él mismo? Alguien está equivocado aquí. Pablo y los calvinistas no están de acuerdo (Am. 3:3).

Sin lugar a duda, Pablo argumentó acerca de la preparación del plan de redención, para redimir a judíos y gentiles por la fe en Jesucristo. El mismo Pablo, escribiendo a Timoteo, muestra que el

uso del “vaso” depende del vaso mismo: *“Pero en una casa grande, no solamente hay utensilios de oro y de plata, sino también de madera y de barro; y unos son para usos honrosos, y otros para usos viles. Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra”* (2 Tim. 2:20,21).

El uso de los judíos para salvar a los gentiles

El apóstol Pablo escribió, *“a los cuales también ha llamado, esto es, a nosotros, no sólo de los judíos, sino también de los gentiles? Como también en Oseas dice: Llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo, y a la no amada, amada. Y en el lugar donde se les dijo: Vosotros no sois pueblo mío, allí serán llamados hijos del Dios viviente. También Isaías clama tocante a Israel: Si fuere el número de los hijos de Israel como la arena del mar, tan sólo el remanente será salvo; porque el Señor ejecutará su sentencia sobre la tierra en justicia y con prontitud. Y como antes dijo Isaías: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado descendencia, como Sodoma habríamos venido a ser, y a Gomorra seríamos semejantes”* (Rom. 9:24-29).

Dios planificó y profetizó que los gentiles serían llamados a su reino. Los gentiles no habían disfrutado de las bendiciones como pueblo de Dios (cf. Ef. 2:11-14; 3:1-6). Los gentiles no habían disfrutado de las bendiciones descritas al comienzo, *“la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas”* (Rom. 9:4,5). Sin embargo, en el mismo Antiguo Testamento judío, Dios había predicho que reclamaría a los gentiles como su pueblo amado.

En el momento de aquellas profecías, Jehová Dios estaba preparando los medios de salvación para el Israel espiritual, la iglesia, y la ocasión de la destrucción del Israel físico (cf. Hech. 13:46-48; 15:13-19; Dan. 9:26,27; Mat. 21:41-46; 23:34-39; 24:1-34; Luc. 21:22).

La justicia prometida por la fe

“¿Qué, pues, diremos? Que los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por fe; mas Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino como por obras de la ley, pues tropezaron en la piedra de tropiezo, como está escrito: He aquí pongo en Sion piedra de tropiezo y roca de caída; y el que creyere en él, no será avergonzado” (Rom. 9:30-33).

He aquí el resumen de Pablo para su argumentación. Los gentiles serían salvos buscando a Dios por medio de la fe. Sin embargo, aunque Dios usó a la nación judía, esta sería condenada porque buscaron su propia justicia, independiente de Dios, basada en las obras de la ley mosaica.

No tenían excusa para su obstinación. Tenían que reconocer que Dios salvaría al mundo bajo los mismos términos, por uno de su misma nación, Jesús de Nazaret, el Cristo, el Hijo de Dios.

El mundo no sería salvo por los judíos, sino por el evangelio de Cristo. Tenían que reconocer la necesidad de confiar en su Mesías profetizado, no en su visión torcida de un Mesías, o en su ascendencia, o en las obras de la ley de Moisés (cf. Rom. 11:5-7).

Conclusión

Si estudiamos con cuidado el argumento de Pablo en Romanos 9, podemos observar como Dios ha usado a naciones e individuos, endureciendo judicialmente a los rebeldes y extendiendo su misericordia a los obedientes, para cumplir su *plan de redención en Cristo*.

Es verdad que Dios *endurece judicialmente*, pero solo después de que el hombre mismo rechaza el mensaje, la disciplina y la misericordia de Dios.

Es verdad que hubo *elección incondicional de naciones*, pero esta elección se aplica al papel de aquellas naciones con el propósito de traer al Mesías, no para la salvación de individuos.

Dios ha decidido que el destino final del individuo suceda en consideración de la obediencia penitente o la desobediencia obstinada. Dios ciertamente puede moldear una nación o un individuo para salvación o condenación; pero, modificará sus planes según la reacción de naciones o individuos (Jer. 18:5-11). Solo a través de la limpieza en la sangre de Cristo (Hech. 22:16; Apoc. 1:5) por la palabra (Ef. 5:26) uno puede ser moldeado y capacitado para servir al Señor (2 Tim. 2: 20,21; 3:16,17).

Dios ha hecho una elección irrevocable, y su elección es salvar a aquellos que humildemente confían en su Hijo, se arrepienten y obedecen (Mar. 16:15,16; Hech. 2:38,41,42; 2 Tes. 1:8; Heb. 5:9). El evangelio está diseñado para atraer a estas personas, y de ninguna manera fallará, porque Dios es su autor (Rom. 1:16,17; cf. Is. 55:11).

Romanos 9–11

Hay una sección difícil en la epístola de Pablo a los santos en Roma. Si el lector se precipita directamente a los capítulos 9-11 de Romanos, y los lee rápidamente y descuida la atención necesaria al contexto, es posible que se sienta desconcertado y confundido.

Antes de abordar algunas de las afirmaciones de esta sección de la epístola a los romanos, pensemos en el tema que toca esta sección en su conjunto. Por lo tanto, haga una pausa y lea esta sección antes de continuar con este estudio.

¿Cuál es el problema?

El judío convertido tenía algunas dudas y preguntas sobre la anulación de la ley, la inclusión de los gentiles en la familia de Dios y el fin del sistema teocrático del antiguo pacto. Imagine que usted es un judío. Toda su vida, su religión, su familia y sus relaciones han estado ligados a la ley de Moisés, y a la nación de Israel. Por si esto fuera poco, todos sus antecedentes han alentado una separación de los gentiles, y una suerte de hostilidad (Ef. 2:14-16). Entonces, “*Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley*” (Gal. 4:4,5), y usted oye y recibe el bendito evangelio. Ahora, usted ya es un cristiano. Pero ¿significa esto que, de repente, todos sus pensamientos y emociones cambian, y todas sus opiniones se redireccionan? Lo más probable es que esto no suceda de la noche a la mañana. Es posible que aún sienta la presión de su pasado, sus compañeros, y la persecución. En esta sección de la sagrada Escritura (Romanos 9-11) Pablo imparte una enseñanza diseñada para ayudar a los judíos convertidos a comprender su nuevo estatus en Cristo.

Los judíos convertidos necesitaban la dirección de la autoridad apostólica para tratar con sus compatriotas que aún no se habían

convertido (cf. Rom. 16:25-27). Tendrían amigos y familiares todavía involucrados en el judaísmo. Para ayudarlos a enfrentar este desafío, Pablo escribió sobre el cambio de “lo antiguo” a “lo nuevo” en esta sección de su epístola a los romanos. No es difícil imaginar como los cristianos fieles, de trasfondo judío, usarían la enseñanza de Pablo para instruir a sus amigos que permanecieron en el judaísmo.

Además de lo anterior, los gentiles convertidos necesitaban ser advertidos acerca de su actitud hacia los judíos. Es tentador pensar en esto, simplemente como un problema de los judíos que no importa a los gentiles. Sin embargo, cada vez que hay tensión entre dos grupos, ambos se ven tentados a reaccionar con enojo, frialdad y orgullo. Este es un tercer problema abordado por esta sección de Romanos.

Así pues, estos tres capítulos se relacionan con una cuestión viva entre los cristianos (judíos o gentiles) del primer siglo. Los judíos convertidos podrían no comprender completamente su nuevo estatus, y necesitarían urgentemente la enseñanza apostólica para tratar con sus amigos y familiares del judaísmo. Luego, también los gentiles necesitaban esta enseñanza.

Romanos 9

Rom. 9:1-3 expone la preocupación de Pablo por sus compatriotas. Estos asuntos no eran meramente cuestiones académicas. Su corazón se llenó de tristeza y dolor por sus parientes según la carne. Tenía amigos judíos que estaban perdidos; y algunos que, habiendo obedecido al evangelio, estaban confundidos. También había gentiles que simplemente no entendían la naturaleza del problema. Todo esto fue motivo de dolor para el apóstol (cf. Rom. 1:14). Pero, experimentaba profundo dolor y gran tristeza especialmente por sus hermanos judíos que no habían obedecido al evangelio.

Rom. 9:4,5 enseña que la nación judía tenía un lugar principal en el plan general de Dios para la redención del hombre. Este pueblo

estaba compuesto por los *“israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén.”* Los judíos habían disfrutado de esta gran honra y dignificación durante la era mosaica. No obstante, todo esto había cambiado, y algunos de ellos aparentemente pensaron que esto significaba que Dios los había rechazado totalmente, o menospreciado. Pero, vemos como Pablo reconoce su riquísima historia, sin expresar alguna decepción por la obra de Dios.

Rom. 9:6-13 comienza con una negación y es seguido por una simple explicación: ¡DIOS HIZO LO QUE QUERÍA HACER! Pablo quiere enfatizar que Dios no había sido infiel a la nación de Israel. Simplemente, el cambio de “lo antiguo” a “lo nuevo” no significó, como alguno argumentaría, *“que la palabra de Dios haya fallado.”* Significaba que ahora, en la era mesiánica, el linaje físico o la sangre no era la base de la comunión con Dios. Dios había tomado ciertas decisiones en el pasado, conforme a su propósito eterno. En algunos casos, esas elecciones parecían bastante arbitrarias para el hombre (Rom. 9:11), pero eran asunto de Dios. Aquellas elecciones involucraron a personas con cierto linaje. Por ejemplo, vemos que Abraham tuvo más de un hijo, pero solo uno de sus hijos llegó a ser el hijo de la promesa. Así también, Isaac tuvo más de un hijo, pero solo uno fue el hijo de la promesa, y así sucesivamente. Dios estaba llevando adelante su plan de redención.

Rom. 9:14-19 enfatiza el peligro de cuestionar a Dios pensando que sus elecciones y su plan no fueron correctos: *“¿Qué, pues, diremos? ¿Que hay injusticia en Dios? En ninguna manera.”* Pablo se esforzó por desalentar cualquier pensamiento o conclusión que afirma alguna falla en Dios. Aplicado al problema en cuestión, Pablo establecerá que la decisión de Dios de incluir a todos los hombres en su familia es una decisión de Dios. Dios levantó individuos y naciones para su propio propósito (Rom. 9:15-18), y el hombre no tiene derecho a criticar esto.

Rom. 9:20-29 es una declaración aún más audaz, basada en la profecía. Pablo pregunta: “¿quién eres tú, para que alterques con Dios?” Luego, el apóstol presenta la imagen familiar del alfarero y el barro, y su punto es: el trozo de barro es para cualquier propósito que el alfarero desee. Sí, Dios abolió el antiguo pacto y estableció el nuevo pacto, y eligió aceptar en su nuevo pueblo sobre la misma a judíos y gentiles. Dios había planeado hacer esto antes de la fundación del mundo: “y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria, a los cuales también ha llamado, esto es, a nosotros, no sólo de los judíos, sino también de los gentiles? Como también en Oseas dice: Llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo, y a la no amada, amada. Y en el lugar donde se les dijo: Vosotros no sois pueblo mío, allí serán llamados hijos del Dios viviente.”

Rom. 9:30-33 invita a los lectores a pensar y ver la conclusión: “¿Qué, pues, diremos? Que los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por fe; mas Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino como por obras de la ley, pues tropezaron en la piedra de tropiezo, como está escrito: He aquí pongo en Sion piedra de tropiezo y roca de caída; y el que creyere en él, no será avergonzado” (Rom. 9:30-33).

El capítulo nueve de Romanos tiene algunas frases y pasajes difíciles de entender. El punto principal, sin embargo, está claro. Los judíos estaban molestos porque su estatus nacional teocrático había cambiado y los gentiles estaban siendo aceptados en la familia de Dios. Pablo comienza su respuesta a esto en el capítulo nueve de Romanos, y en esta parte de su respuesta, simplemente parece estar diciendo: Dios hizo lo que decidió hacer, y ¿quiénes somos nosotros (judíos o gentiles) para enojarnos, criticar y discutir contra Dios?

El hermano Robert Turner observa: “encontramos implícitos tres condicionales (“y si”) en el argumento de Pablo. [1] ¿Y si Dios tuviera vasos de misericordia, así como vasos de ira? [2] ¿Y si tanto judíos como gentiles llegaran a ser vasos de misericordia? [3] ¿Y si Dios

salva solo a aquellos que confían en Cristo? En conclusión, Dios ha hecho a Cristo la piedra de tropiezo para judíos y gentiles.” Todo esto es asunto de Dios.

A pesar de lo que algunos argumenten, una cosa es cierta: ¡Dios es justo! Porque cualquiera, independientemente de su raza, ingresos, género, educación o posición social, ¡cualquiera puede oír, creer y obedecer el evangelio de Cristo y ser salvo! Cualquiera. Ahora bien, ¿quién se atrevería a altercar contra Dios por su plan de redención? Por favor, noten la última frase en Romanos nueve: *“el que creyere en él, no será avergonzado.”* Sin embargo, Pablo señalará en el próximo capítulo, *“Mas no todos obedecieron al evangelio”* (10:16).

Romanos 10

El capítulo 10 de la epístola a los romanos comienza de la misma manera que el capítulo nueve, con Pablo expresando su preocupación personal por sus compatriotas judíos: *“Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación.”* Como observamos anteriormente, en esta sección de su escrito a los romanos, Pablo aborda algunas preocupaciones relativas a los judíos y gentiles. En particular, el cambio del antiguo pacto al nuevo pacto, de la ley mosaica al evangelio (o, de Moisés a Cristo), lo cual se volvió una cuestión difícil para muchos judíos; específicamente, en lo concerniente a la inclusión de los gentiles en la familia de Dios.

En el capítulo noveno de Romanos, Pablo explicó que cualquiera, independientemente de su raza, ingresos, género, educación o posición social, ¡CUALQUIER PERSONA puede oír, creer y obedecer el evangelio de Cristo y ser salvo! Cualquiera. Este es el glorioso plan del evangelio. ¿Alguno quiere altercar contra Dios por esto? Vea como en la última frase de Romanos nueve: *“el que creyere en él, no será avergonzado,”* se enfatiza que “cualquiera” (judíos, gentiles, CUALQUIERA) puede ser salvo en Cristo.

Rom. 10:2,3 señala parte del problema. Había muchos judíos que estaban profundamente involucrados en su religión, pero estaban perdidos. Ahora bien, este problema no implicó una falta de celo. El problema era que su entusiasmo no estaba respaldado por el conocimiento. ¿Hay gente en esta situación hoy? Por supuesto. El celo y entusiasmo es evidente en sus actividades religiosas. Pero, el celo no compensa la ignorancia. Necesitamos conocer los caminos de Dios y aceptar sus santos y divinos propósitos. Estos judíos, muchos de ellos, tenían celo sin conocimiento. Ignoraban la justicia de Dios, y buscaban establecer y promover sus propias normas. Esta es una de las razones por las que tantos judíos se rebelaron contra la inclusión de los gentiles en el pueblo de Dios, la iglesia.

Rom. 10:4 contiene la afirmación *“porque el fin de la ley es Cristo.”* Es decir, Cristo vino, vivió, murió y resucitó, para llevar ese antiguo sistema a su conclusión prevista *“para justicia a todo aquel que cree.”* La ley tenía un propósito; la ley cumplió su propósito y Cristo le puso fin. Dicho de otro modo, Cristo es el fin, el objetivo o el propósito por el cual fue dada la ley, ya que, al proporcionar el evangelio, puso fin a la ley (cf. Rom. 3:31). El apóstol no está diciendo que *la ley sólo muere para un hombre cuando cree en Cristo, de lo contrario seguiría viva, como para los judíos incrédulos.*

Rom. 10:5-13 indica la gran diferencia entre *“la justicia que es por la ley Moisés”* y *“la justicia que es por la fe.”* Bajo el sistema legal de la antigua alianza habría inocencia siempre que hubiese obediencia; es decir, para ser justificado uno necesitaría cumplir perfectamente todas las exigencias de la ley, *“Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas... El que hiciere estas cosas vivirá por ellas”* (Gal. 3:10,12). A diferencia del sistema mosaico, *“la justicia que es por la fe”* es por la gracia de Dios, porque el pecador es justificado por la provisión del necesario Salvador. Es decir, bajo el sistema de la fe, el evangelio, el hombre responde a la gracia y el amor de Dios en Cristo, en el cual se ofrece la justificación que no proveyó el pacto mosaico (*“porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados,”* Heb.

10:4). Una ley no puede salvar. Todos han pecado y necesitan de un Salvador (cf. Rom. 3:23).

Es importantísimo comprender que en ambos sistemas Dios ha exigido la obediencia. Pero, bajo el antiguo pacto, el judío dependía de su obediencia y cuando pecaba no hallaba el Salvador necesario. Por lo cual, Dios ofreció por el hombre lo que el hombre no pudo proveer, un Redentor (cf. Jn. 3:16), “*para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos*” (Heb. 2:9).

El plan del evangelio no significa que traeremos a Cristo para que nos ayude (cf. Rom. 9:6-8; una descripción pictórica de la iniciativa humana). Dios envió a su Hijo a favor nuestro, y ahora “*Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón.*” En otras palabras, Dios tomó la iniciativa para que pudiésemos recibir “*la abundancia de la gracia y del don de la justicia*” (Rom. 5:17). Entonces, invocamos el nombre del Señor cuando obedecemos el evangelio (cf. Hech. 2:21; 22:16).

En fin, el antiguo sistema mosaico dependía del desempeño humano; en cambio, la justicia de la fe trata de la respuesta a lo que Dios ha hecho por el hombre en Cristo. La reacción positiva a lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo, es el plan de salvación para todos (judíos y gentiles, es decir, cualquiera).

Rom. 10:14-21 enfoca lo que es responder positivamente al evangelio. Bajo Cristo, de este lado de la cruz, lo que importa no es la nacionalidad, la sangre, la tradición humana, ni nada por el estilo. Lo que importa es recibir la gracia de Dios en Cristo al obedecer el evangelio. Aquí es cuando Pablo indicaba que si hay judíos que no son salvos, no es porque Dios los haya rechazado en un acto arbitrario. ¿Cuál es la razón por la cual tantos judíos estaban perdidos? Pablo señala la razón, “*no todos obedecieron al evangelio*” (Rom. 10:16). Habían decidido permanecer como “*pueblo rebelde y contradictor*” (Rom. 10:21).

“*Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios*” (Rom. 10:17). Este es un principio universal. Como decía el hermano Robert Turner, “La fe comienza con la aceptación del testimonio. Primero, fueron los hechos presenciados, luego informados; y nos toca conocer los informes (los testimonios en la palabra inspirada) para creer verdaderamente los hechos. Por eso, Dios envió mensajeros especiales, dotados de su Espíritu, para dar al mundo su palabra. Cuando aceptamos verdaderamente los testimonios acerca de Jesucristo, nuestra fe se profundiza y crece la confianza, lo cual afecta nuestra vida. No hay nada aquí para corroborar conceptos subjetivos de alguna ‘experiencia de fe.’ Dios ha revelado su palabra para producir fe.”

El evangelio es universal, y al dar esta bendición universal Dios se encargó de que fuera universalmente publicada y propagada (cf. Mat. 28:19,20; Luc. 24:47; Mar. 16:15,16,20). Cuando Dios hacía esto, muchos en Israel reaccionaron con frustración e incredulidad (cf. Hech. 22:21-23). Pablo está tratando con esta cuestión en esta sección de la epístola a los romanos, enfatizando, como decía James B. Coffman, “el rechazo de Israel como nación, de tener cualquier otro pacto con Dios, no ha afectado de ninguna manera el estatus de los judíos como individuos; quienes, exactamente como todos los demás, están llamados a disfrutar de los privilegios de la redención en el Señor Jesucristo.”

Romanos 11

El capítulo 11 de Romanos comienza con una pregunta: “*¿Ha desechado Dios a su pueblo?*” Ciertas circunstancias y actitudes generaron esta interrogante. Cristo vino y fue predicado como el Mesías, el Salvador crucificado que es “*el fin de la ley*” (10:4). Hubo algunos judíos que creyeron y obedecieron el evangelio; otros, una mayoría, persistieron en la incredulidad. Hubo gentiles que se hicieron cristianos, y en la mezcla de judíos y gentiles, más el cambio del antiguo pacto al nuevo pacto, surgieron una variedad de problemas y circunstancias difíciles. Aparentemente, algunos judíos

tenían la impresión de que Dios había desechado a su pueblo, y que había hecho a un lado a toda la nación. El siguiente paso en esta línea de pensamiento defectuosa sería que *ningún judío podría salvarse*.

Pablo negó esto enfáticamente: *“En ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín.”* Pablo se ofrece como evidencia de que ¡TÚ TAMBIÉN PUEDES SER SALVADO EN CRISTO! El apóstol quiere que entiendan que la salvación en Cristo la maneja Dios de manera *individual*, no *nacional*. La fe obediente, o fe salvadora, *es un asunto individual no nacional*. Esto fue difícil de aceptar para los judíos del primer siglo. El cambio, es decir, la inclusión de los gentiles en la familia de Dios y el fin de la ley, eran asuntos problemáticos (habiendo ellos sido criados bajo el sistema mosaico). Incluso algunos que habían obedecido el evangelio lucharon con estas cosas. Por lo tanto, surgió la pregunta, y Pablo respondió: *“¡No, Dios no ha rechazado completa y radicalmente a los israelitas!”*

“No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció. ¿O no sabéis qué dice de Elías la Escritura, cómo invoca a Dios contra Israel, diciendo: Señor, a tus profetas han dado muerte, y tus altares han derribado; y sólo yo he quedado, y procuran matarme?” (Rom. 11:2,3).

Elías había estado desesperado, y por una razón similar, pensando que Dios había rechazado a toda la nación, y que solo quedaba él. La respuesta divina a la desesperación de Elías fue: *“Me he reservado siete mil hombres, que no han doblado la rodilla delante de Baal”* (v. 4). Dios le decía a Elías: *“No eres el único. Hay otros a los que considero fieles.”* Dios siempre ha tenido un *“remanente”* (personas fieles, aunque pocas). Y Dios sabía, mucho antes de que Cristo viniera, que tendría gente fiel entre los de Israel. *“Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia”* (Rom. 11:5).

Dios nunca aceptó a un judío en el reino de Cristo sobre la base de su genealogía o sangre (Jn. 1:12,13). Por su gracia, el evangelio fue

dado, y cuando alguno oye, cree y obedece al evangelio, se convierten en parte del “*remanente escogido por gracia*.”

Algunos acudieron al llamado del evangelio (cf. 2 Tes. 2:14; Heb. 3:1), mientras que otros se endurecieron y no obedecieron (Rom. 11:7-10). Entonces, *la elección por gracia no es un asunto nacional, sino un asunto individual*; por lo cual, cuando algunos individuos rechazan el evangelio son también rechazados por Dios.

La nación de Israel, en su conjunto, rechazó al Mesías (cf. Jn. 1:11). Su “convite,” o banquete, se volvió “trampa” y “red,” “tropezadero,” y “retribución” (o “justa paga”), para ellos. Entonces, “*Dios les dio espíritu de estupor, ojos con que no vean y oídos con que no oigan, hasta el día de hoy.*” He aquí el endurecimiento indicado en Romanos 11:7. Así como Dios no obligó a los judíos a creer en su santo Hijo, Jesucristo, tampoco los obligó a aceptarlo. Dios les endureció entregándoles a la mentalidad y conducta que ellos mismos eligieron al complacerse en su incredulidad (cf. Rom. 1:24, 26,28; 2 Tes. 2:10-12).

Rom. 11:11,12 trata con una pregunta, respecto al endurecimiento que se indicó anteriormente, “*Digo, pues: ¿Han tropezado los de Israel para que cayesen? En ninguna manera; pero por su transgresión vino la salvación a los gentiles, para provocarles a celos.*”

El apóstol Pablo sabía que habría argumentos que contradecirían su tesis, por lo tanto, planteó una pregunta y expresó la respuesta. ¿Permitió Dios que tropezaran para rechazar total y definitivamente a la nación? Aparentemente, algunos habían llegado a esta conclusión, que Dios les dio espíritu de estupor, ojos oscurecidos, etc., para acabar con todo judío, arrinconando a la nación a un despeñadero. Entonces, “*¿Han tropezado de suerte que del todo cayesen?*” (Rom. 11:11, NC).

Como vemos, Pablo respondió, “*¡De ningún modo!*” (Rom. 11:11, LBLA). Simplemente, Dios los dejó ir en la dirección que ellos habían determinado andar. He ahí el impacto de la frase, “*Sean oscurecidos*

sus ojos para que no vean” (Rom. 11:10). Ellos decidieron ir más allá ignorando “las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de suceder: Que el Cristo había de padecer, y ser el primero de la resurrección de los muertos, para anunciar luz al pueblo y a los gentiles” (Hech. 26:22,23).

Debido a su incredulidad y rebeldía (cf. Rom. 10:21), Dios los dejó ir, para que siguiesen su camino; lo cual puede considerarse un *endurecimiento judicial*, o castigo. Sin embargo, el propósito de Dios con este endurecimiento no era rechazar a todos los judíos simplemente por fuesen judíos.

“Entonces, ¿los judíos tropezaron de tal manera que no pudiesen levantarse? ¡De ningún modo! Pero por su transgresión ha venido la salvación a los gentiles, para causarles celos” (Rom. 11:11, LBLA).

La palabra griega traducida “celos” debe entenderse como “desear lo que otros poseen (procurando subir a su nivel).” La palabra no indica una “envidia,” el sentimiento de desagrado por el bien de otro (procurando quitarle dicho bien). Pablo no está diciendo que motivaba a los judíos a la enemistad contra los gentiles, sino que los motivaba a procurar lo mismo *en Cristo*.

Pablo traba un asunto curioso. Pero, esto es lo que sucedió cuando judíos y gentiles ejercieron su libre albedrío. La incredulidad y el pecado de los judíos, trajo la salvación a los gentiles. Piénselo detenidamente. Los judíos prendieron y mataron a Jesús por mano de inicuos crucificándole, negaron al Santo y Justo y pidieron a un homicida, y mataron al Autor de la vida, cumpliendo así lo que el poder y omnisciencia de Dios determinó que sucediera (Hech. 2:23,24; 3:13-26; 4:27,28; 13:27-30). Por medio de la muerte de Cristo la salvación ha venido a todos. Dios cumplió su propósito, a pesar del pecado, y las consecuencias del pecado (cf. Jn. 3:14,15; 12:32).

La voluntad de los judíos incrédulos no fue afectada por el plan eterno de Dios, *“prendisteis y matasteis por manos de inicuos,*

crucificándole” (Hech. 23:23). Ellos hicieron precisamente lo que quisieron hacer, y lo que hicieron era pecado, y Dios les tenía por responsables, “*Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados*” (Hech. 2:37,38). Ellos querían el mal, pero Dios lo encaminó a bien (Hech. 2:23; 4:28; 13:27).

Cuando una mayoría de judíos rechazaba a Cristo, ¿dónde enfocaron sus esfuerzos los apóstoles, profetas y predicadores del primer siglo? ¿Entre los gentiles! Y, ¿qué lograba esto en los judíos? ¿Los provocaba a celos!

A lo anterior, agreguemos el versículo 12, “*Y si su transgresión es la riqueza del mundo, y su defección la riqueza de los gentiles, ¿cuánto más su plena restauración?*” Si algo tan maravilloso fue la consecuencia del pecado de tantos judíos, cuánto más bien podría venir con su *restauración*, es decir, con su *conversión a Cristo*.

Con la ilustración del árbol de olivo, Pablo expone una imagen clara de su punto sobre la base de la salvación individual. Sea judío o sea gentil, la fe une a Dios (vida) y la incredulidad produce separación de él (muerte).

Imaginemos un árbol. Voy a llamara esto, “el árbol de la gracia de Dios.” Este árbol es de Dios, y él lo controla. Él puede agregar o injertar ramas en su árbol, así como puede quitar las ramas que no le gusten. Las ramas adheridas a este árbol ya sean naturales o injertadas, participan de la rica savia del árbol.

Considere a los judíos. Si los judíos fueron desgajados de este árbol, alguna razón hubo para ello. ¿Cuál fue la razón? ¿Fueron cortados por ser judíos? No, fueron cortados por su incredulidad. Este era un punto importante para los judíos de entonces, que luchaban con esta cuestión. Los judíos quitados de la gracia de Dios fueron quitados “*por su incredulidad*” (Rom. 11:20).

Ahora considere a los gentiles. Esas ramas silvestres ahora están en el árbol de Dios. Pero, no fueron injertadas solo por ser gentiles. Fueron injertadas por su fe, y se mantenían unidas al árbol de Dios por la fe, “*el justo por la fe vivirá*” (Rom. 1:17).

Existía el peligro de que los judíos pensarán que fueron cortados por ser judíos, y que los gentiles pensarán que fueron injertados por ser gentiles, y que estos últimos se volvieran altivos y enreídos contra los judíos. Pablo trata esta problemática en los versículos 17 al 21.

Rom. 11:26 ha sido el centro de mucha discusión, “*y luego toda Israel será salvo.*” Si tomamos esta sola declaración, y la despojamos de su contexto, la conclusión sería, “Eventualmente todos los judíos serán salvos.” Es más, sin el contexto se podría concluir, “Dios tiene un trato especial con Israel, e Israel como nación será salva.” Variantes de estas declaraciones son parte de la teología premilenarista. Hablan de “la restauración de Israel,” y que “antes que Cristo establezca su reino terrenal los judíos serán restaurados a su posición como el pueblo escogido de Dios y todos ellos serán salvos.” Citan este versículo como prueba de sus afirmaciones.

Por supuesto, todo el programa del premilenarismo está equivocado; simplemente, entra en conflicto directo y choca con las sagradas Escrituras en varios puntos, el principal de los cuales es que el reino de Cristo ya fue establecido, y, por lo tanto, Cristo ya está reinando (cf. Mar. 9:1; Col. 1:13; Hech. 2:34,36; 1 Ped. 3:22; Apoc. 1:6,9). Pero, cuando los maestros premilenaristas hablan de la llamada “restauración final de Israel” y citan Romanos 11:26, parecen tener razón por el uso de una frase fuera de su contexto. Pero, esto no es lo que Pablo estaba diciendo.

A lo largo de tres capítulos (Rom. 9-11), Pablo ha estado argumentando lo opuesto que indican los premilenaristas. Dios no confiere salvación a las naciones, sino a los individuos que eligen obedecer a Cristo, sean judíos o sean gentiles. Como leemos, “todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (Rom. 10:13).

Como se explica en el capítulo 6, la necesaria *obediencia individual* es requerida, “*Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia*” (Rom. 6:17,18; cf. 1:5; 16:26). Por lo tanto, Dios no acepta y salva a alguno, en virtud de su raza. A consecuencia de ello, la frase “todo Israel será salvo” no puede significar lo que plantea el premilenarista.

Además de lo anterior, si esto significara que habrá salvación final para cada judío, Dios estaría haciendo acepción de personas; sería un Dios parcial que favorecería a una nación por su trasfondo genealógico. En casa de Cornelio, el apóstol Pedro dijo, “*En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia*” (Hech. 10:34,35).

Es imposible aceptar la interpretación premilenarista sin contradecir la revelación general y específica de las sagradas Escrituras.

Pablo escribió, “*y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad*” (Rom. 11:26). Generalmente se afirma que la frase “y luego” sería la conclusión del plan de Dios de salvar a la nación de Israel, porque “y luego” (RV1960), “y así” (LBLA), ha de ser entendida como una frase que introduce a una conclusión necesaria. Pero, esto no es verdad.

Los que tienen credenciales académicas en griego indican que el adverbio griego (“houtos”) debe entenderse como “manera” o “forma.” Pablo estaba diciendo que todos los de sangre israelita que se salven serán salvos de la misma manera que los gentiles. No hay otra manera, o forma, porque no hay otro plan de salvación que el evangelio revele. Romanos 11:26 no enseña alguna eventual salvación de cada judío, sino que enseña que todos los judíos que sean salvos serán salvos de la misma forma, o manera, en que será salva cualquier otra persona, por el evangelio, el “*poder de Dios para salvación a todo*

aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego” (Rom. 1:16).

Un pasaje paralelo es el siguiente, “*Creemos más bien que somos salvos por la gracia del Señor Jesús, de la misma manera que ellos también lo son*” (Hech. 15:11, LBLA).

Finalmente, observemos el último párrafo de Romanos 11 (v. 33-36). Cuando comenzamos este estudio explicamos los antecedentes, es decir, la cuestión a la que Pablo dedicaba su argumentación. Dijimos que hay una sola lección práctica que necesitamos extraer, y es la siguiente: Dios es libre, y lo que él ha hecho para salvar a su pueblo es asunto suyo.

No estamos puestos para evaluar el plan de Dios y criticar su voluntad. Esta no es nuestra función. Lo que Dios ha hecho, y revelado, es asunto suyo. Esta es la soberanía de Dios, y esto lo expresa Pablo de la siguiente manera:

“¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Rom. 11:33-36).

Una señal de nuestra fe en Dios es aceptar exactamente lo que él ha decidido, reconociendo que lo que Dios ha decretado es asunto suyo. Su reino no es una democracia, es una monarquía, y Jesucristo es el Rey.

El Calvinismo y la parábola del sembrador

Con la parábola del sembrador (Mat. 13:3-9; Mar. 4:1-9; Luc. 8:4-8) aprendemos a escuchar y responsabilizarnos de someternos, o no, al reino de los cielos. Aunque el propósito de esta parábola no es refutar el calvinismo, expone sus errores de manera contundente.

Las confesiones calvinistas, por ejemplo, la Confesión de Westminster, indican que nacemos manchados de pecado, hereditaria y totalmente corruptos, e inclinados al mal. Sin embargo, Jesús habló de aquel que con un “corazón bueno y recto” recibe la palabra y da fruto con perseverancia. Este corazón no es diferente a los demás por alguna operación directa del Espíritu Santo. Es el individuo que decide ser receptivo a la verdad. La parábola no enseña, ni implica, alguna operación directa del Espíritu Santo en el corazón.

El calvinismo afirma que Dios decretó todo lo que ha de suceder, eligiendo a los individuos que serán salvos y desechando a los que no serán, sin importar lo que alguno haga o deje de hacer. Si tal cosa es así, ¿por qué Jesucristo llamaba a la multitud a oír con atención? ¿Por qué cada uno fue responsabilizado cuando el Señor les dijo, “El que tiene oídos, que oiga” (Mat. 13:9, LBLA)?

El calvinismo afirma que si alguno está entre los elegidos, Dios le atraerá a la salvación de manera irresistible con la fuerza de su gracia poniendo fe en su corazón y haciéndole creyente. Sin embargo, Jesús dijo que la semilla, la palabra de Dios, es el instrumento por el cual viene la fe (cf. Hech. 15:7; Rom. 10:17). Si la fe es implantada directamente, ¿para qué esforzarnos por sembrar la palabra de Dios? Piénselo detenidamente, si la fe no viene por la palabra de Dios, ¿por qué “viene el diablo y arrebató la palabra de sus corazones, para que no crean y se salven” (Luc. 8:12, LBLA)?

La perseverancia de los santos afirmada por el calvinismo indica que el creyente no puede caer de la gracia, que “una vez salvo, siempre salvo.” Sin embargo, la parábola del sembrador no apoya esa doctrina. Los de corazón pedregoso son aquellos que “reciben la palabra con gozo; pero éstos no tienen raíz profunda; creen por algún tiempo, y en el momento de la tentación sucumben” (Luc. 8:13, LBLA). El texto griego dice “desertan,” es decir, se apartan. El calvinista afirma que éstos nunca creyeron realmente, que el verbo “creer” usado aquí no indica la fe salvadora. Por un momento, el argumento calvinista suena bien, pero es una mala interpretación. El verbo creer en el contexto siempre indica la fe salvadora (Luc. 8:12,13,15). Sencillamente, los que se apartan son contrastados con los que retienen la palabra y dan fruto con perseverancia.

El pecado original

Lo que los católicos llaman “el pecado original,” el protestantismo lo llama “la depravación total hereditaria.” Agustín, el precursor de los reformadores, afirmó y promovió la depravación total del hombre mucho antes que Calvino sistematizara los cinco puntos de la teología reformada que lleva su nombre.

Estos filósofos y pensadores enfatizaron tanto cierta concepción de la “soberanía divina” que esta doctrina bien puede ser considerada como el suelo en el que el calvinismo florece y se mantiene. Pero, a la vez que la Biblia enseña que Dios es soberano sobre la raza humana, también enseña que los seres humanos tienen libre albedrío por la soberanía de Dios, incluso después de la caída en Génesis 3. La soberanía de Dios nunca operó en el área de la salvación o la santificación impidiendo el libre ejercicio de la voluntad humana.

El hombre siempre ha sido abordado como activo y participante de su propia salvación (cf. Hech. 2:40,41; Fil. 2:12). Él siempre es señalado como capaz de oír, creer, arrepentirse, confesar a Jesús como su Señor, y ser bautizado para el perdón de los pecados (Mar. 16:15,16; Rom. 10:9,10; Hech. 2:37,38). Las Escrituras nunca presentan al hombre como carente de capacidad, y necesitado de algún trabajo milagroso del Espíritu Santo en su corazón, a causa de algún pecado heredado o depravación hereditaria.

Cuando Jesús señaló la incredulidad de los judíos de su tiempo, él dijo que habían cerrado sus propios ojos (Mat. 13:15; Is. 6:9,10). La condena del Señor en este pasaje, revela que ellos mismos eran responsables de no percibir el mensaje proclamado, como también sucedió en los tiempos del profeta Isaías. El Señor se esforzó en la enseñanza de la palabra, y su predicación siempre dejaba clara la responsabilidad del pecador para responder positivamente al mensaje de salvación. Dios nunca opera contra la voluntad humana en el

asunto de la salvación si los pecadores no quieren (cf. Mat. 23:37; Jn. 5:40).

Son totalmente desconocidos en las Escrituras los conceptos de “depravación total” o “pecado original.” Las populares expresiones: “pecadores por naturaleza,” “naturaleza corrupta” o “naturaleza pecaminosa,” ni siquiera son implicados en las sagradas Escrituras. Jesucristo y sus apóstoles inspirados jamás enseñaron la depravación total humana o el pecado original. Pero, esta es la base de todo el sistema del calvinismo. Sin esta base, ninguna doctrina calvinista existiría. Si refutamos esta doctrina humana, todo el sistema calvinista se desploma y cae sobre su propio peso.

Las siguientes doctrinas (dogmas – enseñanzas) son directamente atribuibles a la falsa noción del pecado original: La predestinación, la imputación del pecado y de la justicia, el bautismo de infantes, la obra directa del Espíritu Santo para la conversión, que la Biblia es letra muerta sin el Espíritu Santo, la imposibilidad de la apostasía y la Inmaculada concepción. Cada uno de estas doctrinas es el resultado de una falta de comprensión de la naturaleza humana, y de la naturaleza de la salvación en Cristo.

Refutación del pecado original

1. Base inadecuada. Esta doctrina se basa en la supuesta naturaleza pecaminosa de Adán, transmitida supuestamente para toda su descendencia, totalmente corrompida en su naturaleza, e incapaz de servir a Dios sin la regeneración por la obra directa del Espíritu Santo. La mayoría de sus proponentes ha argumentado que la imputación es triple; el pecado de Adán a la humanidad; nuestro pecado a Jesús; y, la justicia de Cristo a los elegidos. Los pasajes usados para esta doctrina falsa (ej. Sal. 51:5; 58:3; Ef. 2:3) no logran el objetivo. El primer pasaje habla poéticamente del ambiente de pecado que rodeaba a David y a nosotros, mientras que el segundo utiliza la hipérbole para expresar la rápida entrada del pecado en la vida de uno después del nacimiento. El tercer pasaje indica la naturaleza

adquirida por la práctica del pecado como un hábito (costumbre), no por carácter hereditario. La palabra para la naturaleza (gr. *physis*) se aplica a los gentiles que hicieron las cosas impuestas por la ley antes de su conversión (Rom. 2:14,15). Debido a que los pasajes utilizados para reforzar esta doctrina fallan, no hay ninguna razón para su aceptación.

2. Contradice Biblia. Esta doctrina no solo es desautorizada por la Biblia, sino que también enseña principios contrarios a la misma. En Mateo 18:1-6 el Señor usó a un niño para ejemplificar la humildad necesaria para entrar en el reino de Dios, y agregó que debemos llegar a ser como niños. Si el niño es culpable del pecado original, entonces Jesús animó a los pecadores a ser depravados. ¿Qué tipo de conversión es esta? En Lucas 18:16 la enseñanza de Jesús se complementa. Aquí Dijo que de los que son como niños es el reino de los cielos. Decir esto, si la depravación total hereditaria fuese cierta, denigra, desacredita y degrada el reino de los cielos. La Biblia realmente enseña la inocencia de los niños, no su depravación (cf. Ez. 18:20; Mat. 19:13,14).

3. Definición de “pecado.” La Biblia presenta al pecado como algo que personalmente se hace o se deja de hacer (1 Jn. 3:4; Sant. 4:17; Rom. 14:23). Nunca habla la Biblia del pecado como lo que uno hereda de otra persona. Los pasajes que señalan la influencia del mal en las generaciones futuras, se citan en vano para demostrar alguna depravación heredada (Ex. 20:5).

4. Dios como autor del pecado. Debido a que el proponente del pecado original cree que el espíritu del recién nacido está contaminado y depravado de manera total, entonces, aquellos pasajes que atribuyen la formación del espíritu humano a Dios hacen de Dios el autor del pecado (cf. Zac. 12:1; Heb. 12: 9).

5. Jesús está incluido. Según esta doctrina, Jesús fue depravado, pues él se hizo semejante a nosotros (Heb. 2:14-18). El catolicismo romano inventó la doctrina de la “Inmaculada Concepción” para escapar de esta consecuencia, pero las Escrituras no apoyan esta

especulación fantasiosa. Si Jesús estuvo exento de la depravación total hereditaria, entonces Dios hizo acepción de personas (cf. Rom. 2:11).

Cuatro hechos fatales para el Pecado Original

La doctrina del pecado original afirma que cada persona nace en pecado. Supuestamente, debido al pecado de Adán, todos los hombres son corruptos y culpables de pecado al nacer. Considere el testimonio de la Confesión de Fe de Filadelfia:

“Por este pecado (comer del fruto prohibido) ellos (Adán y Eva) cayeron de su justicia original y de su comunión con Dios, y así se convirtieron en muertos en el pecado, y totalmente contaminados en todas sus facultades y partes, tanto del alma como del cuerpo. Siendo ellos la raíz de toda la humanidad, la culpa de este pecado fue imputada, y la misma muerte en el pecado y naturaleza corrompida se transmitió a toda su posteridad que descende de ellos según la generación ordinaria. De esta corrupción original, estamos totalmente indispuestos, discapacitados, y opuestos a todo lo bueno, y totalmente inclinados a todo lo malo, de lo cual proceden todas las transgresiones actuales” (Capítulo 6).

La doctrina del pecado original, y depravación total heredada, es contraria a por lo menos cuatro conceptos del evangelio de Cristo; a saber, el pecado, el perdón de Dios, la muerte de Cristo, y el juicio de Dios.

1. El concepto de pecado. El apóstol Juan dijo que *“el pecado es infracción de la ley”* (1 Jn. 3: 4), y dijo también que *“Toda injusticia es pecado”* (1 Jn. 5:17). Entonces, el que actúa o procede en contra de la revelada voluntad de Dios es culpable de pecado. El que procede sin autorización divina, comete pecado (Mat. 7:21-23). El pecado es el fruto de la concupiscencia. Cuando uno es atraído y seducido por su propia concupiscencia, ésta concibe y da a luz el pecado (Sant. 1:15).

Estamos separados y alienados de Dios por las malas obras que hacemos (Col. 1:21). Son nuestros propios pecados, producidos por el cumplimiento de la voluntad de la carne y de los pensamientos, los que nos condenan delante de Dios (Ef. 2:1-3; Col. 2:13). Este es el concepto de pecado según el evangelio de Cristo. No hay Escritura que enseñe que el pecado se hereda.

2. El concepto de perdón. La palabra de Dios no menciona algún “perdón de pecados heredados,” ni “el perdón de la culpa del pecado original.” El Nuevo Testamento habla de pecados propios de cada persona (Hech. 3:19; 22:16). Uno es perdonado de sus propios actos de transgresión, iniquidad y desobediencia. *“Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades”* (Heb. 8:12).

Cuando Dios nos perdona, el cuerpo pecaminoso personal es echado fuera (Col. 2:11-13). Así como los pecados son transgresiones que cada uno comete, el perdón de Dios se aplica a esas transgresiones que cada uno cometió. La Biblia no menciona algún perdón de pecados heredados y cometidos por terceros.

3. El concepto de la muerte de Cristo. Cristo fue entregado por nuestras transgresiones (Rom. 4:25), y llevó nuestros pecados en su cuerpo (1 Ped. 2:24). Fue en su cuerpo de carne que Jesús nos reconcilió con Dios (Col. 1:21,22). Así, pues, Dios *“muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”* (Romanos 5:8). Cada individuo debe entender que Cristo murió *“por mí”* (Gal. 2:20).

Debido a que son nuestros propios pecados los que nos condenan, el perdón de Dios se extiende a nuestros pecados e iniquidades (Heb. 8:12; Is. 59:1,2). Cristo murió por mi culpa, mi iniquidad, mi transgresión. Cada pecador debe entender que “Cristo lo hizo por mí.” Nunca se dice en la Biblia que la muerte de Cristo y el derramamiento de su sangre fue para eliminar alguna iniquidad hereditaria, o pecado original. Sin embargo, si el supuesto pecado original enseñado por los credos de los hombres es universalmente

generalizado, ¿no deberíamos encontrar alguna referencia en esos credos que declarase que la muerte de Cristo quita el pecado original?

4. El concepto de juicio. Según el evangelio de Cristo, el hombre es responsabilizado y juzgado por la forma en que ha vivido, por lo que ha hecho personalmente. Considere las escenas de juicio en el relato del evangelio según Mateo (capítulos 5 al 7 y 13 al 25). Lea con atención Apocalipsis 20:10-15.

Escuche el consejo y advertencia solemne de Gálatas 6:7-9, Mateo 16:27 y Apocalipsis 3:23. ¿Qué principio elemental aprendemos en todos estos pasajes? Claramente aprendemos que los individuos son juzgados por sus propias obras. Recompensados o condenados según sus propias obras.

¿Hay alguna escena de juicio en el evangelio de Cristo en la cual alguno sea condenado a causa de lo que hizo Adán? ¿Hay alguien que haya sido amonestado por no librarse de la depravación del pecado original? ¿No le parece extraño que ni una sola escena de juicio en el evangelio de Cristo mencione criaturas perdidas a causa del pecado original?

Conclusión

La doctrina del pecado original, de ser cierta, sería una parte innata, e inherente a la naturaleza del pecado, el perdón de Dios, la muerte de Cristo y el juicio de Dios. Sin embargo, la Biblia cuando trata estos cuatro temas, ni una sola vez los relaciona con algún “pecado original.”

Si la doctrina del pecado original fuese cierta, la palabra de Cristo hizo una fatal omisión. Sin embargo, la verdad es otra, ya que la omisión bíblica respecto a estos cuatro hechos es patente, hay aquí un golpe fatal para la falsa doctrina del pecado original y depravación total heredada.

Elegidos por Dios

Pablo escribió a los tesalonicenses, *“Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección; pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros”* (1 Tes. 1:4,5).

Claramente Pablo dijo a los tesalonicenses que ellos se habían convertido en parte del pueblo elegido de Dios. Un pueblo especial, como el descrito por Pedro, *“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios... vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios...”* (1 Ped. 2:9,10; cf. Ex. 19:5-8; Deut. 10:15).

Algunas preguntas pertinentes vienen a la mente respecto a la elección por Dios. Por ejemplo, ¿cuándo hizo Dios esta elección? ¿Esta elección es individual o grupal? ¿Cómo alguno podría ser parte de los elegidos? ¿Es posible que los elegidos pierdan su privilegio de ser pueblo de Dios y caigan de la gracia?

¿Cuándo?

La Biblia dice que la elección (escogimiento, selección) hecha por Dios ocurrió *“antes de la fundación del mundo”* (Ef. 1:4), así como Cristo mismo fue *“destinado desde antes de la fundación del mundo”* (1 Ped. 1:20).

El calvinismo afirma que la elección realizada por Dios fue individual, es decir, Dios eligió a ciertos individuos. Además, el calvinismo, o teología reformada, afirma que esta elección depende únicamente de la soberanía de Dios, y que es una elección incondicional.

En el otro extremo está el arminianismo, el cual afirma que la elección realizada por Dios fue individual, pero basada en el conocimiento previo de Dios respecto a aquellas personas que responderían al evangelio y perseverarían en la fe, conociendo Dios a los que serán fieles hasta el final.

El apóstol Pablo, un hombre inspirado, sencillamente dijo, *“según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él”* (Ef. 1:4). Según esta declaración bíblica, la elección que Dios realizó ha sido general o grupal, dicho de otra manera, esta elección ha sido conjunta o corporativa. Dios ha elegido a una clase de personas que están *“en él,”* es decir, *“en Cristo,”* *“por medio de Jesucristo”* y *“en el Amado”* (Ef. 1:3-6). En otras palabras, los elegidos de Dios son un pueblo que está en Cristo (cf. Gal. 3:26-29; Ef. 2:19-22).

¿Cómo?

El “proceso” de la elección de Dios es explicado por Pablo de la siguiente manera, *“Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo”* (2 Tes. 2:13,14).

La elección sucede “mediante” o “por” dos cosas o dos partes, la parte de Dios y la parte del hombre. La parte de Dios: *“mediante la santificación por el Espíritu.”* Mientras que la parte humana es: *“la fe en la verdad.”* Por lo tanto, la elección que Dios ha hecho es condicional, dicho de otra manera, es una elección sujeta a condiciones.

Para que la elección se materialice ha de ocurrir primero la “santificación por el Espíritu.” Sin la obra santificadora del Espíritu Santo no hay elegidos. Esta obra es realizada por el Espíritu Santo

mediante “*la verdad*” que él reveló a los apóstoles (Jn. 16:13). Cristo dijo, “*Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad*” (Jn. 17:17). Pablo especificó que la palabra de verdad es el evangelio (Ef. 6:17). No hay elegidos sin la predicación del evangelio (cf. Mar. 16:15; Rom. 1:16). La obediencia al evangelio es crucial (cf. 2 Tes. 1:8; Heb. 5:9).

Corresponde a cada uno de nosotros el prestar atención a la palabra del evangelio y recibir la palabra, es decir, obedecerla (cf. Hech. 2:38,41,47; 3:19). ¿Recuerda la parábola del sembrador (Mat. 13:23; Mar. 4:20; Luc. 8:15)? Es imprescindible la obediencia de corazón, para ser libertados del pecado y ser santificados (Rom. 6:17-22).

Los elegidos deben cumplir el propósito de su elección, “*para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable*” (1 Ped. 2:9), “*pues la voluntad de Dios es vuestra santificación*” (1 Tes. 4:3; cf. 1 Tes. 5:15-24).

Conclusión

Todos los que estén “en Cristo” (Ef. 1:3) serán salvos, porque desde “*antes de la fundación del mundo*” Dios lo ordenó así (Ef. 1:4). Por lo tanto, la pregunta no es “¿soy uno de los elegidos?” La pregunta es, “¿Estoy en Cristo conforme al propósito de Dios?”

No hay “*elegidos según la presciencia de Dios Padre*” sin la “*santificación del Espíritu*” (1 Ped. 1:1). Tampoco hay “*linaje escogido*” ni “*nación santa*” (1 Ped. 2:9) sin “*la obediencia a la verdad*” (1 Ped. 1:22).

La predestinación

A veces se hace la siguiente pregunta: “¿Cree usted en la predestinación?” Y la respuesta es variada, unos dirán que sí, y otros dirán que no. Sin embargo, todos los buenos estudiantes de la Biblia, creen en la predestinación, porque la Biblia sí la enseña. Entonces, la pregunta no debe ser si existe en realidad la predestinación, sino que la pregunta debe enfocarse en la naturaleza de la predestinación enseñada en la Biblia. La pregunta debería ser: “¿Qué es la predestinación enseñada en las Escrituras?”

Debido a la poderosa influencia del calvinismo, muchas personas piensan automáticamente en “pre-elecciones individuales” cuando se enfocan en la predestinación. Esto no debe ser así. Lamentablemente, muchos estudiantes de la Biblia tienen la idea de que Dios ha escogido arbitrariamente a algunas personas por nombre y apellido para la salvación eterna y a otros para la condenación eterna. Y, en base a ello, se argumenta (equivocadamente) que si uno tiene la salvación, no hay nada que puede hacer para perderla, y si uno no tiene salvación, no hay nada que puede hacer para alcanzarla. Como veremos, este concepto es contrario a la naturaleza de Dios, a la naturaleza del hombre y la naturaleza de la salvación.

La palabra “predestinación” se usa en nuestras versiones españolas para traducir la palabra griega “proorizo” que significa: “Determinar o marcar de antemano.” Teniendo en cuenta el uso que la Biblia hace de esta palabra, es evidente que Dios ha predeterminado algunas cosas. La pregunta entonces es: ¿Qué se ha predeterminado? ¿Se ha determinado de antemano a ciertas personas por nombre y apellido para la salvación y la condenación, sin importar su convicción, su carácter y su conducta? ¡Por supuesto que no! Definitivamente la predestinación bíblica es otra cosa; la predeterminación de Dios nunca viola el libre albedrío, en realidad, la predestinación de la cual la Biblia nos habla involucra el libre albedrío del ser humano.

En el Nuevo Testamento el verbo “predestinar” (gr. “proorizo”) se usa en:

- **Hechos 4:28**
- **Romanos 8:29,30**
- **1 Corintios 2:7**
- **Efesios 1:5,11**

Un examen adecuado de estos pasajes, nos ayudará a entender lo que la predestinación bíblica es en realidad.

Hechos 4:28. En la oración que los discípulos de Jerusalén ofrecieron unánimes a Dios, se dijo que los judíos y los gentiles se habían reunido en contra de Cristo: “*para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían **determinado** antes que sucediera*” (Hech. 4:28, énfasis mío, jh):

- La voluntad de Dios era que Cristo muriera. Cristo debía morir de una manera predeterminada por Dios (Jn. 3:14, 12:32,33).
- ¿Judas estaba obligado por Dios para traicionar a Cristo? No. Judas traicionó a Cristo por 30 monedas de plata (Mat. 26:15).
- ¿Los judíos estaban obligados por Dios para entregar a Cristo a las autoridades romanas? No. Los judíos entregaron Jesús por envidia (Mat. 27:18).
- ¿Pilato estaba obligado por Dios para crucificar a Cristo? No. Pilato crucificó a Cristo para complacer a la gente (Mar. 15:15).

Jesús fue “predestinado” a morir por la humanidad, pero en el proceso ningún “libre albedrío” fue violado. Dios, en su presciencia, tomó en consideración las decisiones y acciones de ciertas personas en la ejecución de su plan de redención. Ni la predestinación ni la presciencia de Dios comprometen el libre albedrío de las personas.

Romanos 8:29,30. El apóstol Pablo dijo: *“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que **predestinó**, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó”* (Rom. 8:29-30, énfasis mío, jh).

Este pasaje es muy útil para nuestra comprensión de la predestinación bíblica. Lo que Dios ha “predestinado,” es el *carácter y la conducta* de aquellos a quienes quiere salvar eternamente. Para que las personas se salven Dios ha designado que tendrán que ajustarse a la imagen de Cristo. La palabra “imagen” proviene del griego “eikon” (ícono). Cristo es nuestro icono. Estamos para imitarle y obedecerle (1 Ped. 2:21; Luc. 6:46). Jesús dijo: *“Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra”* (Jn. 4:34; cf. Jn. 8:29; Fil. 2:8, Heb. 5:8), debemos ser como él.

Para ser de los predestinados por Dios y llamarlo “Padre” y pertenecer así al grupo de los muchos “hermanos” de Jesús el Hijo de Dios, debemos ser obedientes y santos, siguiendo siempre el ejemplo de Cristo.

1 Corintios 2:7. El apóstol Pablo dijo: *“Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios **predestinó** antes de los siglos para nuestra gloria”* (1 Cor. 2:7, énfasis mío, jh).

Pablo describe la sabiduría de Dios, específicamente en lo que se refiere al plan de redención en Cristo. El siguiente versículo nos dice que si los gobernantes del mundo hubiesen conocido la verdadera identidad de Cristo, ellos jamás habrían crucificado al Señor de gloria. *“Pablo no trajo a los corintios una filosofía nueva, sino una sabiduría que Dios ideó antes de la fundación del mundo. Dios determinó el destino de esta sabiduría antes de que hubiese necesidad de ella. El evangelio es la revelación de esa sabiduría en misterio que había estado escondida”* (Bill H. Reeves, Notas sobre 1 de Corintios).

Al igual que Hechos 4:28, este pasaje pone de relieve el papel de Dios en la planificación y ejecución del régimen de la redención. Jesús dijo: “*El Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos*” (Mat. 21:42).

Efesios 1:4, 5, 11. Tal vez este es el pasaje más conocido, y más utilizado, para predicar acerca de la predestinación. El apóstol Pablo dijo: “*según nos **escogió** en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos **predestinado** para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad*” (Ef. 1:4-5, énfasis mío, jh).

“*En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido **predestinados** conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad*” (Ef. 1:11, énfasis mío, jh).

La falta al *definir* mal los términos y *no considerar* todos los contextos relacionados ha llevado a muchos a concluir que el apóstol Pablo está hablando aquí de una *elección individual de Dios* en la que a algunos han sido preseleccionados arbitrariamente para la salvación. Esto no es lo que dijo Pablo.

Lo que el apóstol Pablo dice en estos versículos es que un cierto *carácter, conducta y clase* han sido *predestinados*. La salvación que Dios provee se encuentra *en Cristo*, para los que han sido *aprobados por Dios*, y que se conducen en un camino *santo* y sin la *culpa del pecado*. Cualquier persona que se ajusta a estos criterios es un candidato apto para la salvación eterna que Dios ha prometido a los que le aman.

Algunas de las consecuencias de la posición calvinista acerca de la predestinación individual y personal:

El concepto de la predestinación individual viola el libre albedrío. Dios ha dado a los seres humanos el derecho y la capacidad

de elegir la salvación. Dios invita los hombres a obtener la salvación, pero el “*Agua de la vida*” está reservada sólo para aquellos con el “deseo” a “tomar” por la gracia de Dios (Apoc. 22:17).

Jesús Lamentó que a pesar de que había ofrecido la vida eterna a los miembros de la nación judía, ellos no aprovecharon la oportunidad (Mat. 23:37; Jn. 5:40). La salvación es una cuestión de elección: “*El que quiera hacer la voluntad de Dios...*” “*...Si vosotros permaneciereis en mi palabra...*” (Jn. 8:31; cf. 7:17). La palabra “si” representa enormes posibilidades. Se implica el derecho y la capacidad de los seres humanos a tomar sus propias decisiones morales y espirituales.

El concepto de la predestinación individual presenta a un “Dios” que hace acepción de personas. La Biblia describe a Dios como justo y fiel. Dios sería injusto al seleccionar arbitrariamente a algunos para vida eterna y a otros para condenación eterna. Los defensores de la predestinación individual, dicen que no debemos cuestionar los “métodos” de Dios. Estamos de acuerdo con quienes afirman que “los métodos de Dios no deben ser cuestionados,” pues somos criaturas de Dios (Rom. 9:20-21). Pero: ¿Qué es lo que realmente está en tela de juicio? ¿Los métodos de Dios, o asignarle a Dios un método equivocado?

Afirmamos primero, que varios líderes religiosos asignan a Dios “métodos equivocados” que obviamente son desconocidos en las Escrituras. La Biblia afirma repetidamente que Dios no hace acepción de personas (Hech. 10:34, Rom. 2:11, Ef. 6:9, Col. 3:25). Lo que no debe estar en tela de juicio es la imparcialidad de Dios.

Toda versión falsa de la predestinación, en este caso “la predestinación del calvinismo,” tergiversa la naturaleza de Dios.

El concepto de la predestinación individual viola la naturaleza “condicional” de la salvación. Si Dios arbitrariamente preselectiona a algunas personas a la vida eterna y a otros para la condenación eterna, entonces lo hace violando las condiciones que Él mismo ha

impuesto en las Escrituras. La Biblia enseña que la salvación está disponible para todas las personas que reúnen las condiciones dadas por Dios: *“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardoador de los que le buscan”* (Heb. 11:6). Hay que creer en, y buscar a Dios, si queremos ser salvados.

Para ir al cielo, debemos hacer la voluntad del Padre que está en el cielo (Mat. 7:21). Debemos nacer de nuevo (Jn. 3:3-5; 1 Ped. 1:22-23). Para ser perdonados debemos creer (Jn. 8:24; Hech. 2:41), arrepentirnos (Luc. 13:3-5; Hech. 2:38; 17:30), confesar la Deidad de Cristo (Rom. 10:9-10) y ser bautizados para el perdón de los pecados (Mar. 16:16; 1 Ped. 3:21; Hech. 2:38). Para permanecer en la salvación debemos permanecer en Cristo (Jn. 8:31-32; 2 Jn. 9).

Conclusión

La Biblia en ninguna parte enseña el concepto de la predestinación individual y personal. Al contrario, cada persona hace su propia elección con respecto a la salvación.

Dios en el pasado ha conocido de antemano las acciones de ciertos individuos (Faraón, Ciro, Judas) e involucró estas acciones en sus santos y divinos propósitos, pero nunca obligó a los hombres a hacer el bien o el mal.

La predestinación bíblica tiene que ver con los planes de Dios respecto a la redención del hombre. Dios ha predestinado que la salvación se encuentre en Cristo, para todos los que cumplan con las condiciones y términos de la salvación disponible a todo el mundo. Entonces, todos los que se niegan a obedecer las condiciones y términos de Dios se perderán.

Todos los hombres y las mujeres tienen el derecho y la capacidad, dados por Dios, de elegir su destino eterno. ¿Y usted? ¿Ha elegido ser parte de los escogidos de Dios? Si no, los pasajes arriba le dan las instrucciones de cómo hacerlo.

La obra del Espíritu Santo en la conversión

Todo creyente en la Biblia reconoce la necesidad de la conversión, y está convencido de que ésta se efectúa por la obra del Espíritu Santo. Es nuestro propósito en este estudio el presentar lo que la Biblia enseña sobre este importante tema.

El hecho

La Biblia afirma claramente que el Espíritu Santo tiene un papel rol crucial para la conversión de los pecadores. El pecador debe: (1) Ser nacido del Espíritu (Jn. 3:5). (2) Vivificado por el Espíritu (Jn. 6:63). (3) Convencido por el Espíritu (Jn. 16:8). (4) Librado por el Espíritu (Rom. 8:2). (5) Santificado por el Espíritu (2 Tes. 2:13; 1 Cor. 6:11). (6) Justificado por el Espíritu (1 Cor. 6:11). (7) Lavado por el Espíritu (1 Cor. 6:11). (8) Llamado por el Espíritu (Apoc. 22:17). Todos estos actos tienen que ver con la obra del Espíritu Santo para la salvación humana.

El cómo

Una cosa es saber *que el Espíritu Santo obra en la conversión*, y otra cosa muy diferente es comprender *cómo él hace su obra para la conversión de los pecadores*. Este ha sido un punto de controversia durante siglos. Debido a la influencia del Calvinismo (Teología Reformada), las principales denominaciones protestantes enseñan que el Espíritu Santo opera directamente en el pecador de algún modo misterioso y/o milagroso, y aparte de la palabra del evangelio.

La principal diferencia entre la Teología Protestante y la enseñanza de la Biblia en este punto, no es si el Espíritu actúa o no en la conversión, sino el *cómo obra el Espíritu Santo en la conversión*. La Biblia enseña que el Espíritu opera en el corazón del pecador por

medio de su espada (Ef. 6:17), no directamente, sino por medio de la palabra del evangelio (Ef. 1:13). En cambio, los teólogos protestantes afirman que la operación del Espíritu en el corazón del pecador es directa, sin agencia intermediaria, y aparte de la palabra del evangelio. Que esta doctrina Calvinista es errónea, llegará a ser muy claro a medida que avancemos en este estudio.

El asunto puede ser afirmado basándonos en la Escritura, de manera clara y concisa, de la siguiente forma: *No hay cosa alguna que el Espíritu haga directamente en el pecador para la conversión de éste que no lo realice la propia palabra de Dios. O, para decirlo de otro modo más claro aún: Todo lo que el Espíritu Santo hace para la conversión del pecador, es lo mismo que la palabra de Dios hace para la conversión del pecador.*

Esto no quiere decir que la conversión se puede lograr a través de dos vías diferentes, sino que *se lleva a cabo por el Espíritu a través de la palabra de Dios*. Notemos que todas las cosas que para el pecador son necesarias, se logran a través de la palabra de Dios:

Nacer del Espíritu (Jn. 3:5)	Nacer por la palabra de Dios (1 Ped. 1:23)
Vivificado por el Espíritu (Jn. 6:63)	Vivificado por la palabra de Dios (Sal. 119:50)
Convencido por el Espíritu (Jn. 16:8)	Convencido por la palabra (Tito 1:9)
Libertado por la ley del Espíritu (Rom. 8:2)	Libertado por el evangelio (Luc. 4:18; Jn. 8:32; Gal. 5:1)
Santificado por el Espíritu (1 Cor. 6:11; 2 Tes. 2:13)	Santificado por la palabra de Dios (Jn. 17:17)
Justificado por el Espíritu (1 Cor. 6:11)	Justificado por la fe (Rom. 5:1) por oír la palabra de Dios (Rom. 10:17)
Lavado por el Espíritu (1 Cor. 6:11)	Lavado por la palabra de Dios (Ef. 5:26)
Llamado por el Espíritu (Apoc. 22:17)	Llamado por el evangelio (2 Tes. 2:14) dado por el Espíritu (1 Ped. 1:12)

El lector imparcial y no prejuiciado puede ver claramente la verdad bíblica sobre *la obra del Espíritu Santo para la conversión de los pecadores*. El Espíritu obra a través de su ley (Rom. 8:2). La ley del Espíritu es la palabra del evangelio (1 Cor. 2:6-13; 1 Ped. 1:12).

Por ejemplo, uno puede decir que Dios trae los niños a nuestras familias, sin indicar detalles acerca de cómo lo hace. Sin embargo, todos sabemos que Dios lo hace por la ley natural. Ahora bien, decir que el Espíritu convierte el pecador no debe entenderse como una acción directa en los corazones, pues la acción es por medio del evangelio, la ley espiritual.

El apóstol Pablo dijo: *“Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”* (Rom. 8:3). Esta acción del Espíritu es por medio de su ley, la palabra del evangelio, que él reveló a través de los apóstoles (1 Ped. 1:12).

La veracidad de nuestra afirmación se ve corroborada por los muchos pasajes que afirman la suficiencia de la palabra del evangelio.

- Pablo dijo que el evangelio (no la operación directa del Espíritu Santo) es el *“poder de Dios para salvación a todo aquel que cree”* (Rom. 1:16). Por este motivo afirmó que los corintios fueron hechos salvos por el evangelio (1 Cor. 15:1,2), no por la operación directa del Espíritu Santo.
- Pablo dijo que la ley del Espíritu liberta (Rom. 8:2), no la operación directa del Espíritu Santo.
- La palabra de Dios es suficiente: (a) satisface a los que tienen hambre y sed de justicia (Mat. 4:4; 5:6; 1 Ped. 2:2); (b) sana a los enfermos por el pecado (Mat. 9:12; Mat. 13:15; Sal.107:20); (c) dirige a los perdidos en la oscuridad espiritual (Ef. 5:13; Sal. 119:105,130); (d) purifica como fuego las impurezas espirituales (Luc. 7:29; Mal. 3:2; Jer. 23:29; 20:9); (e) aplasta la obra del diablo (Jer 23:29; Rom. 16:18,19). (f) provee cual semilla de vida espiritual (Luc. 8:11; Col. 1:5-7); (g) mata lo que es terrenal (Col. 3:5).

- Pablo dijo que la palabra del evangelio (no la operación directa del Espíritu Santo) es capaz de dar la herencia eterna (Hech. 20:24,32).

Los que sostienen que una operación directa del Espíritu Santo es esencial para la conversión, tienen que explicarnos porque lo mismo que hace el Espíritu Santo también lo hace la palabra de Dios. Si ellos sostienen que el Espíritu habla directamente a los pecadores, es necesario que nos digan *qué es lo que dice el Espíritu que la palabra no revele*.

Si el Espíritu Santo dice lo mismo que la palabra, ¿por qué necesita decirlo aparte de ella? ¿Por qué no podemos leerlo en la Biblia de una manera objetiva? Si ellos sostienen que las palabras dichas al pecador no están en la Biblia, ellos necesitan aprender que el Espíritu Santo ya reveló toda la verdad (Jn. 16:13). Además, Gálatas 1:8 dice: *“Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anathema.”*

Consecuencias de la teoría de la operación directa del Espíritu Santo en la conversión

Responsabiliza a Dios por la condenación de la humanidad.

Una de las características más importantes de la teoría en cuestión, es la posición en la que coloca a Dios. Es obvio que ningún hombre puede administrar el Espíritu Santo. Por lo tanto, si el pecador debe recibir el Espíritu de una manera separada y aparte de la palabra de Dios, entonces Dios decide cuándo y sobre quiénes permitirá la obra del Espíritu. Esto significa, según la teoría que estamos estudiando, que todos los perdidos en pecado son tales porque Dios les negó la operación directa del Espíritu, y por lo tanto Dios sería el responsable de su condenación como pecadores.

Uno no puede poner toda la responsabilidad de la salvación en Dios, sin que al mismo tiempo deje toda la responsabilidad de la condenación sobre él. Cualquier doctrina que contradiga el amor

universal de Dios es necesariamente falsa (1 Tim. 2:4; 2 Ped. 3:9). Dios no hace acepción de personas (Hech. 10:34,35).

Apaga la urgencia de predicar el evangelio. La Biblia hace hincapié en la necesidad de predicar el evangelio a todos los hombres del mundo (Mar.16:15; Rom. 1:15,16). Pero, si la salvación del pecador depende solamente de Dios quien enviará a ciertos pecadores una operación directa del Espíritu Santo aparte del evangelio, entonces será inútil predicar el evangelio al mundo. ¿Qué bien podría hacer el evangelio en semejante caso si la salvación no depende de obedecerlo?

Conclusión

La conclusión obvia es que el Espíritu Santo sí obra en la conversión de los pecadores, pero su operación se realiza a través de la palabra del evangelio. El cirujano opera en el corazón físico del hombre, pero siempre lo hace a través de determinados instrumentos especiales para ello.

La palabra del evangelio es el instrumento del Espíritu para su operación en el corazón espiritual del hombre. O mirándolo desde otro punto de vista, el Espíritu actúa en la conversión de los pecadores, al revelar la ley de la conversión (Rom. 8:2), es así también como el Espíritu da testimonio junto con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios (Rom. 8:16). Esto se puede ilustrar de la siguiente manera:

EL TESTIMONIO DE LOS ESPÍRITUS

LA LEY DEL ESPÍRITU SANTO DICE	EL ESPÍRITU HUMANO DICE
Debes oír el evangelio (Jn. 6:44-45; Rom. 1:16)	“He oído el evangelio”
Debes creer el evangelio (Mar. 16:15,16; 10:9,10)	“He creído el evangelio”
Debes arrepentirte de tus pecados (Luc. 13:3; Hech. 2:38; 17:30)	“Me he arrepentido de mis pecados”
Debes confesar a Cristo como tu Señor (Rom. 10:9,10)	“He confesado a Cristo como mi Señor.”
Debes ser bautizador para el perdón de tus pecados (Hech. 2:38; 22:16)	“He sido bautizado para el perdón de mis pecados.”

Cuando los testigos están en absoluto acuerdo, hay convicción objetiva de que la conversión ha sido consumada. Si no están de acuerdo, la conversión no ha sucedido. Esto es prueba, por lo tanto, que la conversión verdadera no depende de una misteriosa operación milagrosa del Espíritu Santo en los corazones, sino de obedecer el revelado testimonio del Espíritu Santo por la palabra del evangelio, lo cual convencerá al espíritu humano por medio de la Escritura de que se ha cumplido con la ley del Espíritu.

El apóstol Juan dijo: *“pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él”* (1 Jn. 2:5).

Si usted no ha cumplido con la ley de conversión del Espíritu Santo, usted está perdido en sus pecados, y no ha sido convertido a Cristo. Usted tiene que ser convertido para que sus pecados sean borrados y vengan de la presencia del Señor los tiempos de refrigerio (Hech. 3:19).

La gracia de Dios

Dado el papel de la gracia de Dios en el esquema divino para la redención humana, es una tragedia lo poco que se entiende y la frecuencia con la cual es tergiversado este tema. Incluso, algunos *predicadores del evangelio* han perdido de vista las definiciones, descripciones y aplicaciones bíblicas de la *gracia de Dios* para caer rendidos ante el poder del calvinismo.

No podemos negar la influencia calvinista en el mundo religioso, no es fácil deshacerse de los puntos cardinales y aplicaciones sectarias según los cuales el hombre es considerado impotente y totalmente incapaz de responder con fe obediente a la gracia de Dios.

A pesar de lo anterior, el apóstol Pablo pensaba distinto cuando afirmó la necesidad de no recibir en vano la gracia de Dios. El hombre puede recibir o rechazar la gracia (2 Cor. 6:1-2).

Considerando la presente dificultad, muchas veces es preciso definir los términos “gracia” y “fe” antes de progresar en un estudio de estos tópicos cruciales, porque a veces se puede estar estudiando una misma palabra y a la vez tener distintos conceptos de ella en la mente.

Trabajar por la bendición

Cuando fueron creados los cielos y la tierra, Dios dijo a Adán y a Eva “*He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer*” (Gen. 1:29). Después del diluvio universal, las instrucciones de Dios fueron ampliadas, y Jehová dijo “*Todo lo que se mueve y vive, os será para mantenimiento: así como las legumbres y plantas verdes, os lo he dado todo*” (Gen. 9:3). Entonces, ¿podríamos asumir que las plantas, frutos y carnes saltaron del suelo (o cayeron

del cielo) directamente en la boca de los hombres? Porque, ciertamente, el hombre no merecía lo que Dios estaba haciendo por ellos. De hecho, el hombre había pecado y fue castigado con duro trabajo para subsistir (Gen. 3).

Dios puso a disposición de los hombres el alimento diario, pero para que el hombre se beneficiara de este don inmerecido, o regalo de gracia, tendría que trabajar duro para conseguirlo.

El Nuevo Testamento enseña exactamente el mismo principio: *“El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad”* (Ef. 4:28). Los que no están dispuestos a trabajar, no tienen derecho a comer: *“Porque también cuando estábamos con vosotros, os ordenábamos esto: Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma”* (2 Tes. 3:10). Y todo esto, a pesar de que Dios ha dispuesto del alimento de manera providencial para el beneficio del hombre: *“si bien no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones”* (Hech. 14:17).

Lo que es cierto en el ámbito físico, es también cierto en el ámbito espiritual. El hombre debe cumplir con ciertos requisitos y esforzarse por acogerse a las disposiciones de la gracia de Dios.

Definición, aplicación y consecuencias

La gracia de Dios es su favor inmerecido hacia el hombre pecador. La gracia incluye todas las disposiciones que Dios ha desplegado para la salvación del género humano, cosas que el hombre no puede proporcionar por sí mismo.

El acto más representativo de la gracia de Dios es el sacrificio de Cristo: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”* (Jn. 3:16). Ningún hombre puede morir por sí

mismo, redimiéndose así mismo, y efectuar su propia salvación. La conciencia manchada de pecado puede ser purificada solamente por la sangre de Cristo (1 Ped. 1:19; 3:21; Heb. 9:14). Con su muerte, Cristo hizo por el hombre lo que éste no podría lograr por sí mismo. Esto es gracia.

Como veremos más adelante, el hombre debe responder al mensaje de la gracia si desea ser beneficiado con la muerte de Cristo.

Para definir, describir y aplicar correctamente “la gracia de Dios,” el apóstol Pablo identificó dos componentes básicos de ella:

- la enseñanza del evangelio (Tit. 2:11-12) y,
- el sacrificio de Cristo (Tit. 2:14).

Cristo “*se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras*” (Tit. 2:14). Tome nota de lo siguiente, en Juan 3:16 aprendemos que el *Padre entregó al Hijo* para la salvación de los hombres, y aquí Pablo dice que el *Hijo se dio así mismo*. Este fue un acto de gracia.

Ahora bien, justo antes de su discusión acerca del sacrificio de Cristo, Pablo afirmó: “*Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente*” (Tit. 2:11-12). Según todos podemos leer, Pablo dice aquí que la “gracia de Dios” manifiesta a todos los hombres una enseñanza particular. Esto sólo sería posible si la “gracia” es conferida a través del “evangelio,” algo que Pablo mismo afirmó a los ancianos de Éfeso cuando mencionó al “*evangelio de la gracia de Dios*” (Hech. 20:24).

El punto es claro, los que desean recibir los beneficios de la gracia de Dios, deben seguir las instrucciones de Dios en el evangelio. La gracia de Dios no anula la fe obediente del hombre, sino que la requiere.

Pablo dijo a los efesios: *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”* (Ef. 2:8-10). Pero, lamentablemente, los conceptos más básicos de este pasaje se pasan por alto debido a los prejuicios calvinistas acerca de la salvación en Cristo.

En un esfuerzo por despojar al hombre de toda responsabilidad, la palabra “solo” o “sola” se fija antes de la palabra “gracia,” lo que sugiere que la salvación es solo una obra de Dios y no requiere nada del hombre en lo absoluto. Y para afirmar esto, Efesios 2:8 es erróneamente citado como la “evidencia” de una supuesta “gracia sola” o salvación “solo por la gracia” en el plan de salvación.

Curiosamente, Efesios 2:8 también se utiliza para apoyar la doctrina calvinista de la “fe sola” o salvación “solamente por la fe.” Pero ¿cómo es posible que uno sea salvo por “la gracia sola” y a la vez por “la fe sola”? ¿Si somos salvos por la “fe sola” no somos salvos por la “gracia solamente” en lo absoluto! Si solamente es por fe, la gracia sobra, y viceversa. Esta es la consecuencia lógica del argumento calvinista de la “fe sola” y la “gracia solamente.”

Pero, la verdad nunca contradice la verdad, su propia naturaleza impide que se oponga a sí misma. En cambio, el error siempre contradice la verdad. Por lo tanto, la doctrina de la “fe sola” y la “gracia sola” no es de Dios sino de los hombres (Jn. 17:17).

Siempre debemos cuidarnos de quienes oponen la Escritura contra sí misma. El calvinismo opone (enfrenta) la gracia contra la fe. Pero, Efesios 2:8 revela una armonía perfecta entre las dos.

Las aplicaciones contradictorias de muchos estudiantes de la Biblia respecto a Efesios 2:8, ilustra cómo se tuerce la Escritura con el fin de adaptarla a las creencias denominacionales de una supuesta humanidad impotente y depravada. Semejante prejuicio impide una correcta interpretación y aplicación de las verdades bíblicas acerca de

la gracia de Dios y la fe del hombre. Cada uno de nosotros debe cuidarse de torcer las Escrituras, tal cosa resultaría en la propia condenación (2 Ped. 3:16).

Efesios 2:8-10 divide la salvación en dos partes. La parte de Dios, que es su gracia. Y, la parte del hombre, que es la fe. En esto debemos insistir en definir las palabras bíblicas de acuerdo a cómo son usadas en las propias Escrituras. La fe bíblica es inseparable de la obediencia (Stgo. 2:14-26; Rom. 10:17; Heb. 11:1-40). Lamentablemente, la “fe” mencionada en Efesios 2:8 para muchos se convierte en una “fe sola,” la cual se describe como un acto mental solamente. Claro está, la “fe sola” impide la salvación por gracia.

Son muchos los que dicen, citando Efesios 2:9, “no por obras” y anulan caprichosamente todo acto de obediencia como inadecuado para la salvación por “gracia sola” a través de “la fe sola.” ¡Pero si tal cosa es verdad, entonces los efesios violaron este pasaje en su conversión y con la ayuda del mismo Pablo (Hech. 19:1-6)!

Los efesios “ *fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús*” (Hech. 19:5). Y sabemos, por la lectura del libro de los Hechos, que el bautismo bíblico es:

- en el nombre de Cristo,
- para el perdón de los pecados (Hech. 2:38),
- en agua (Hech. 10:47),
- un mandamiento (Hech. 10:48), y
- para lavar los pecados (Hech. 22:16).

Los efesios fueron bautizados en respuesta a las instrucciones de Pablo (Hech. 19:1-6) como también el carcelero de Filipos, y su familia, fueron bautizados como respuesta a la predicación del evangelio (Hech. 16:33; cf. 1 Cor. 1:21).

¡No todas las “obras” son malas! Algunas obras son simplemente los actos de obediencia a los mandamientos de Dios. Las “obras” que Pablo condena en Efesios 2:9 son todas las obras de justificación

aparte del evangelio, y más específicamente, las obras de la ley de Moisés (Ef. 2:14-15). El contexto es la clave, y leyendo lo podemos entender (cf. Ef. 3:4).

Hay “obras” específicamente requeridas por Dios para salvar al hombre por su gracia. Los efesios bien sabían que habían sido “*creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*” (Ef. 2:10).

Todos los que obedecen serán salvos (Heb. 5:9). ¿Puede ser condenado un obediente (Mat. 7:21; Fil. 2:12-13; Stgo. 2:14-26)?

La gracia *no es un poder* o fuerza educadora que se siente y mueve al hombre de manera irresistible para que éste obedezca a Dios. Es un engaño todo llamado “testimonio” de quien dice haber experimentado alguna emoción “inexplicable” como si esto fuera una *experiencia de gracia*.

La gracia de Dios es la bondad, el amor y la misericordia de Dios expresada al hombre pecador a través del evangelio (Tit. 2:11; 3:4-5). La gracia no la merecemos, pero Dios la dirige a nosotros para salvarnos eternamente.

La salvación es por gracia (Ef. 1:7; 2:8; Hech. 2:38, 40-41; 15:11) y la responsabilidad del hombre es recibir, perseverar y retener el evangelio de Cristo para alcanzar la salvación por la gracia que es conferida a través (por medio) de este evangelio (1 Cor. 15:1-2).

Insistimos, la gracia nos enseña (Tit. 2:11-12). No podemos *separar* el evangelio y la gracia de Dios. Ambas cosas han de permanecer unidas para que seamos bendecidos.

La gracia sin el evangelio ya no es gracia, y viceversa. El inspirado apóstol Pablo reconocía la relación intrínseca entre la gracia y el evangelio (“*evangelio de la gracia de Dios*” Hech. 20:24; “*la palabra de su gracia*” Hech. 20:32).

La gracia se encuentra en Cristo. Sólo en Cristo el hombre puede alcanzar la gracia de Dios. Todo corazón noble debe anhelar estar “en Cristo” (Gal. 3:27). Y esto, porque sin Cristo no hay gracia (Hech. 4:12; Gal. 2:21).

La gracia es una bendición que debe ser cuidada. Así como se puede recibir la gracia, también se puede caer de ella (Gal. 5:4; 1 Cor. 10:12). Aunque la gracia es una bendición que el hombre jamás merecerá, Dios demanda que seamos responsables frente a ella.

“Para entender la gracia de Dios es necesario recordar estas dos palabras: proveer y aceptar. Dios provee la salvación y el hombre la acepta. El hombre, siendo pecador, no podía proveer la salvación. No podía salvarse solo. Necesitaba de un Salvador. Pero Dios ha hecho posible la salvación y el hombre tiene que poner su parte, aceptando la salvación que Dios le ofrece. De otro modo, la gracia no le ayuda y al morir, va al castigo eterno, como si Cristo no hubiera venido al mundo” (Wayne Partain, La gracia de Dios).

Conclusión

La gracia no es una fuerza irresistible. Usted puede rechazar la gracia de Dios así como también la puede recibir, practicar y retener. La gracia es la bondad, el amor y la misericordia de Dios expresados a través del evangelio.

¡Sí, somos salvos por gracia! Pero la gracia contiene las condiciones del evangelio que deben cumplirse para nuestra salvación.

“Así, pues, nosotros, como colaboradores suyos, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios” (2 Cor. 6:1).

La santificación

Mientras el calvinismo afirma que la santificación es un proceso, la Biblia afirma que la santificación es un *estado* o *condición*. Según el léxico de Thayer la “santificación” es: Santidad. Consagración. Separación de lo profano. Dedicación a Dios. Purificación. Limpieza.

El apóstol Pedro al escribir a los cristianos los designó de la siguiente manera: “*Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa...*” (1 Ped. 2:9). A estos cristianos Dios les dice: “*Sed santos, porque yo soy santo*” (1 Ped. 1:16). Aprendemos, por lo tanto, que la santidad no depende solamente de Dios, el hombre tiene algo que hacer para ser “santo,” y sostener así con Dios una relación espiritual de consagración, es decir, de santificación.

Podemos entender la santificación al considerarla por contraste. El apóstol Pablo dijo “*Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación*” (1 Tes. 4:7), entonces aprendemos que la santificación es lo opuesto a la inmundicia, un estado de pureza, o limpieza.

¿Cómo ocurre la santificación?

La santificación está relacionada directamente con la palabra de Dios. Jesucristo dijo: “*Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad*” (Jn. 17:17). Y el apóstol Pablo dijo a los efesios, que “*la palabra de verdad*” es “*el evangelio*” de salvación (Ef. 1:13; cf. “*poder de Dios para salvación,*” Rom. 1:16). Por este motivo, aprendemos que la iglesia de Cristo ha sido santificada, es decir, purificada “*en el lavamiento del agua por la palabra*” (Ef. 5:26).

Sin el evangelio de Cristo no es posible que alguno llegue a ser “santo.” Por esta razón, todos los que obedecen el evangelio, es decir, los cristianos, tienen como fruto, es decir, como beneficio o

consecuencia, la “santificación” (Rom. 6:22; 1 Tes. 4:7). La santificación es la consecuencia de la obediencia.

La santificación y la perfección

Según las Escrituras, “santificar” no es “perfeccionar.” Por lo tanto, el santo no es necesariamente perfecto (cf. Fil. 3:15). Estos términos no han de ser confundidos. La idea de santidad hace alusión a la separación de lo profano, es decir, la dedicación a Dios; mientras que la perfección indica la madurez. Entonces, la santificación es un estado, mientras que el perfeccionamiento es un proceso (2 Tim. 3:16-17; Ef. 4:13). La Biblia nunca habla de cristianos más santos que otros, pero sí indica la idea de cristianos más maduros, o perfeccionados, que otros. Hay etapas de madurez, pero no hay etapas de santificación.

Perfeccionando la santidad

Algunos argumentan que, si la santidad debe ir perfeccionándose, la santificación ha de ser un proceso en la vida del cristiano. Quienes argumentan de este modo no suelen enfocar el pecado como Dios lo ve, y para fundamentar esta noción usan 2 Corintios 7:1

“Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Cor. 7:1, RV60).

En vista de las promesas de Dios (2 Cor. 6:16-18) el cristiano debe limpiarse de toda contaminación de carne y de espíritu, si así lo requiere su caso. El cristiano no practica el pecado (Rom. 6:1,2; 1 Jn. 3:8,9), el cristiano se guarda sin mancha del mundo (Sant. 1:27), pero si alguno hubiere pecado (1 Jn. 2:1) es llamado a perfeccionar la santidad (cf. Hech. 8:22; 1 Jn. 1:9). El cristiano se limpia de toda contaminación cuando se aparta de ella, arrepintiéndose y confesando sus pecados.

El verbo “limpiémonos” es del modo subjuntivo y tiempo aoristo, tiempo que indica acción singular de una vez por siempre. No involucra algún proceso. Se logra cuando el cristiano en pecado sale de en medio de su pecado y se aparta de él (2 Cor. 6:17). Al hacer esto de una buena vez lo que está haciendo es *“perfeccionando la santidad en el temor de Dios”* (2 Cor. 7:1).

La palabra “perfeccionando” (gr. “epiteleo”) en el texto original es un participio que sirve de adjetivo. Describe cierta acción. En nuestro texto describe la acción de limpiarse de toda contaminación. Es decir, al limpiarse de toda contaminación se perfecciona la santidad.

Entonces, ¿qué hace el cristiano cuando de una vez se limpia de toda contaminación? Respuesta: Ejecuta, completa, lleva a cabo, perfecciona, logra la acción descrita. Véase la misma palabra griega en 2 Corintios 8:6 (“acabe”), v.11 (“llevad a cabo,” es decir, “llevad a término”); Romanos 15:28 (“haya concluido”); Filipenses 1:6 (“perfeccionará”); Hebreos 8:5 (“erigir.” Lacueva: “erigir por completo,” literalmente, “completar”); Hebreos 9:6 (cumplir); Gálatas. 3:3 (“acabar”); 1 Pedro 5:9 (“cumpliendo”).

Cuando el cristiano de una vez se limpia de toda contaminación, completa, acaba, logra, o ejecuta, la santidad. El apóstol Pablo nunca habló de algún proceso de santificación.

En fin, al limpiarse del pecado, el cristiano logra o cumple la santidad. Considere como traducen las siguientes versiones:

“purifiquémonos a nosotros mismos de toda mancha de carne y de espíritu, llevando a cabo la santidad en temor de Dios” (2 Cor. 7:1, Besson).

“purifiquémonos de toda mancha de la carne y del espíritu, consumando la santificación en el temor de Dios” (2 Cor. 7:1, JER).

“purifiquémonos de toda mancha de nuestra carne y nuestro espíritu, acabando la obra de la santificación en el temor de Dios” (2 Cor. 7:1, NC).

Conclusión

Considerando que Dios santifica a todo aquel que obedece el evangelio, y los obedientes llegan a ser santos a Dios y con esperanza de vida eterna, ¿es usted un santo? ¿Está disfrutando de la santificación o la ha perdido?

Si alguno hubiere pecado, que se limpie de tal contaminación, para así realizar la santidad en el temor del Señor.

Bautismo y perdón

Tengo una “Biblia de Estudio MacArthur,” la cual contiene los comentarios de John Fullerton MacArthur, un predicador calvinista, de los Ángeles, California. He consultado sus comentarios, y en más de una ocasión me han resultado esclarecedores. Sin embargo, MacArthur tiene un prejuicio que le impide creer el plan de salvación de Dios en Cristo, este prejuicio es el calvinismo, prejuicio por el cual MacArthur niega que el bautismo sea necesario para la salvación en Cristo.

Por ejemplo, el comentario de MacArthur a Hechos 2:38 afirma: “El bautismo no produce el perdón ni la limpieza de pecados... La experiencia del perdón precede a la ceremonia del bautismo... El arrepentimiento genuino es lo que trae el perdón de Dios... y es por esta razón que el creyente debía bautizarse.”

Además de afirmar que el bautismo es una ceremonia (cosa desconocida en la Biblia), MacArthur afirma que el bautismo es “por el perdón de los pecados” y no “para el perdón de los pecados.” Es decir, según MacArthur, el bautismo ha de realizarse debido al perdón recibido.

¿Qué dijo el apóstol Pedro?

El apóstol Pedro comenzó hablando acerca de *“Jesús nazareno, varón aprobado por Dios”* (Hech. 2:22) para concluir que él *“es Señor y Cristo”* (Hech. 2:36). Pedro condenó a la audiencia por crucificar a Jesús, a pesar de las abundantes señales que él había hecho las cuales demostraban su identidad (Hech. 2:22,23). Sin embargo, Dios le resucitó de los muertos (Hech. 2:24), cumpliéndose de esta manera la profecía (Hech. 2:25-31), de lo cual los apóstoles son testigos (Hech. 2:32). Pedro continuó afirmando la exaltación de Cristo, lo cual también cumplió la profecía (Hech. 2:33-26).

Entonces, la audiencia se compungió de corazón y, convencidos por la palabra, preguntaron “*Varones hermanos, ¿qué haremos?*” (Hech. 2:37). Pedro les respondió, “*Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo*” (Hech. 2:38).

El comentario que hace MacArthur sobre el arrepentimiento es correcto, “Esto se refiere al cambio de mente y de propósito que hace volver al hombre de su pecado, a Dios (1 Tes.1:9). Este cambio abarca mucho más que el simple temor a las consecuencias del juicio de Dios. El arrepentimiento genuino considera que se debe abandonar la maldad del pecado y abrazar la persona y la obra de Cristo en su totalidad. Pedro exhortó a sus oyentes a arrepentirse porque de lo contrario sería imposible experimentar una verdadera conversión.”

No obstante, el comentario que MacArthur hace sobre el bautismo es radicalmente erróneo, “Una mejor traducción de esta frase podría ser “por causa de la remisión de pecados.” El bautismo no produce el perdón ni la limpieza de pecados.”

Pedro no dijo “por” o “debido a,” Pedro dijo “para.”

No hay razón para cambiar la traducción como enseña MacArthur. Por ejemplo, Mateo 26:28 contiene la misma preposición griega (“eis”) traducida correctamente “para,” y allí también se entiende que el perdón de los pecados es el efecto, no la causa. Cristo dijo claramente, “*porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados.*” Cristo no dijo “por” o “debido a,” dijo “para.” Jesús no derramó su sangre “debido a” que el hombre ya había recibido perdón de pecados, sino “para” que el hombre reciba el perdón de pecados.

Así como la sangre de Cristo fue derramada *para perdón de los pecados*, el bautismo en Cristo es *para perdón de los pecados*. Así como Cristo no murió “por el perdón de los pecados,” nadie es mandado a bautizarse “por el perdón de los pecados.” En ambos

casos, es decir, en Mateo 26:28 y en Hechos 2:38, el perdón de los pecados es el efecto logrado por una acción anterior. ¿Es el arrepentimiento “para vida” o es “por vida” Hech. 11:18)?

Pedro no dijo “Arrepentíos para salvación, y bautícese por el perdón recibido.” Pedro enlazó el arrepentimiento con el bautismo mediante la conjunción “y,” (“Arrepentíos, y bautícese”) indicando que ambos son necesarios para el perdón de los pecados: “*Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados*” (Hech. 2:38).

MacArthur afirma que el bautismo no produce ni perdón, ni limpieza. Pero, el Espíritu Santo dice lo contrario, “*Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre*” (Hech. 22:16; cf. Ef. 5:26; Tito 3:5). La sangre de Cristo lava los pecados (Apoc. 1:5) cuando el creyente arrepentido es bautizado.

En Cristo “*tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia*” (Ef. 1:7). ¿Cuándo el pecador obtiene el perdón de los pecados en Cristo? La Biblia responde: En el bautismo. El bautismo de la gran comisión (Mar. 16:16; Mat. 28:19) es “*en Cristo Jesús*” y “*en su muerte*” (Rom. 6:3). ¿Cómo podría alguno disfrutar de las bendiciones “en Cristo” sin hacer aquello que lo deja en Cristo y esas bendiciones?

Pablo afirmó por el Espíritu Santo, “*pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos*” (Gal. 3:26,27). Ninguno podría llegar a ser un hijo de Dios sin ser bautizado en Cristo. El bautismo es “*por la fe en Cristo Jesús,*” y para ser revestidos de él. ¿Puede alguno ser salvo sin estar revestido de Cristo?

Hechos 2:41 dice, “*Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas.*” El texto no dice nada sobre algún perdón de los pecados antes del bautismo.

Conclusión

El texto bíblico es inspirado por Dios, pero los comentarios, notas al pie, referencias, títulos, subtítulos, de las “Biblias de Estudio” no lo son.

A veces los comentarios son exactos y útiles, a veces son falsos y perjudiciales. En fin, no asumamos todo comentario como exacto y correcto solamente porque aparece en una Biblia de Estudio.

“El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva”
(1 Ped. 3:21).

El ladrón en la cruz

“Y dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Luc. 23:42,43).

Para justificar su rechazo al bautismo en Cristo para el perdón de los pecados, muchos afirman, “¡El ladrón en la cruz fue salvo sin ser bautizado!” Este argumento se basa en al menos tres supuestos audaces:

Que el ladrón nunca fue bautizado, cuando lo más probable es que fue bautizado por Juan (Mat. 3:5), o por los mismos discípulos de Cristo (Juan 4:1). No se puede afirmar que el ladrón no fue bautizado. Lucas registró, “Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba...” (Luc. 3:21), “*Y todo el pueblo y los publicanos, cuando lo oyeron, justificaron a Dios, bautizándose con el bautismo de Juan*” (7:29).

Que podemos ser salvos de la misma forma que el ladrón, cuando la única manera en que uno podría ser salvo al igual que el ladrón es tener a Jesús físicamente al lado diciéndole “*hoy estarás conmigo en el paraíso.*” Por supuesto, ya que Jesús ha ido al cielo, esto no sucederá. Jesús ya salió del paraíso cuando resucitó (cf. Hech. 2:25-32).

Que estamos bajo la misma ley que el ladrón. Sin embargo, la ley de Cristo no entró en vigor hasta después de su muerte (Heb. 9:16,17), por lo tanto, el ladrón vivió y murió bajo una ley diferente a la nuestra (la ley de Moisés, Gal. 3:23-25). Ahora nos rige la ley de Cristo (1 Cor. 9:21; Gal. 6:2), la ley de la libertad (Sant. 1:25).

Amigo mío, ¿está seguro de negarse a ser bautizado para ser salvo, como Jesucristo mandó y como el Espíritu Santo reveló por medio de hombres inspirados (Mar. 16:15,16; Hech. 2:38; 22:16; 1 Ped. 3:21)?

Gracia, fe y obras

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Ef. 2:8-10).

Dedicaremos este artículo a tres palabras, “gracia, fe y obras.” Queremos entender el esquema de la redención, y evitar el ser confundidos por frases tales como, “salvación solamente por la fe,” “la gracia excluye la ley” o “la gracia y la fe excluyen las obras.”

El argumento del apóstol Pablo:

- Dios nos amó (Ef. 2:4).
- Dios nos confirió vida juntamente con Cristo (Ef. 2:5).
- Dios nos resucitó juntamente con Cristo para sentarnos en los lugares celestiales con él (Ef. 2:6).
- Dios exhibe de esta manera las abundantes riquezas de su gracia en Cristo (Ef. 2:7).

Entonces, Pablo dijo, *“Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es un don de Dios; tampoco viene de las obras, para que nadie se gloríe. En efecto, hechura suya somos: creados en Cristo Jesús, en orden a las buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicáramos” (Ef. 2:8-10, JER).*

Somos salvos por gracia

La gracia (gr. “caris”) es la actitud favorable y el favor inmerecido de Dios para salvar al pecador que no lo merece. Nada en el pecador merece la salvación. Sin embargo, Dios es misericordioso, lleno de

amor y bondad, por lo tanto, él tenía que hacer algo, y envió a su santo Hijo, Jesucristo, para salvarnos.

La palabra “salvo” (gr. “sozo”) es un verbo pasivo, según los académicos en el griego. Este verbo enfatiza lo que se nos ha hecho. Es decir, no nos salvamos a nosotros mismos por obras de mérito (Ef. 2:9), Dios nos ha salvado. En el contexto de Efesios 2 podemos entender lo que esto implica. Antes de que Dios nos salvara, estábamos muertos, completamente separados de Dios (Ef. 2:1), bajo el poder del diablo (Ef. 2:2) y condenados como pecadores. Pero, Dios por su gracia nos trajo a la vida, de la condenación a la salvación.

Al llegar a este punto no debemos confundirnos. Es importantísimo reconocer que la Biblia nunca afirma que alguno será salvo por la gracia sola.

Somos salvos por medio de la fe

La salvación que Dios nos ha conferido en su gracia es posible a través de nuestra fe (gr. “pistis”). Es decir, debemos tener fe para recibir la oferta de la salvación por gracia. Dios espera que creamos y obedezcamos a su palabra, la cual produce fe (cf. Rom. 10:17); esta fe es realizada o perfeccionada por las obras de obediencia que Dios requiere (cf. Sant. 2:22,24,26). Estas obras de obediencia son *pisadas de fe* (Rom. 4:12). La fe *actúa* (Gal. 5:6). En otras palabras, la salvación por gracia está condicionada a la *obediencia de fe* (cf. Rom. 1:5; 15:18; 16:26).

Dios extiende su gracia a los que obedecen de corazón (Rom. 6:15-18). La fe obediente no cancela la gracia. Jesucristo es “*autor de eterna salvación para todos los que le obedecen*” (Heb. 5:9). Es un hecho bíblico bien establecido que la fe obediente permite la gracia inicial (cf. Hech. 2:37,38,40,41) y la gracia continua (1 Jn. 1:7,9). Por lo tanto, debido a que la fe, el arrepentimiento, la confesión y el bautismo son obras de fe (cf. Jn. 6:28,29), sin ser obras de mérito que

resulten en jactancia (cf. Luc. 17:10), la obediencia de fe es requerida por Dios para que los pecadores sean salvos por gracia. En fin, nadie será salvo “*solamente por la fe*” (Sant. 2:24).

Somos salvos para las obras de Dios

Pablo especificó que la iglesia es hechura de Dios. La palabra griega “hechura” es “poiema,” palabra de la cual, por transliteración, tenemos “poema.” Es decir, los cristianos son la obra maestra de Dios, una obra de arte de Dios. Pero, funcionamos como tales cuando hacemos las buenas obras requeridas para las cuales hemos sido hechos salvos. Dicho de otro modo, Dios nos ha salvado para servir, “*para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*” (Mat. 5:16).

El mundo debe ver a los cristianos:

- Ricos en buenas obras (1 Tim. 6:18).
- Preparados para toda buena obra (2 Tim. 3:17).
- Ejemplos de buenas obras (Tito 2:7).
- Adornados con buenas obras (1 Tim. 2:9,10).
- Celosos de buenas obras (Tito 2:14).
- Ocupados en buenas obras (Tito 3:8,14).
- Fomentando las buenas obras (Heb. 10:24).

La Biblia nos enseña que nuestras buenas obras no están limitadas al edificio de la iglesia. Las buenas obras están presentes en todo lo que los santos de Dios hablan y hacen. El apóstol Pedro escribió, “*manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras*” (1 Ped. 2:12).

Conclusión

La maravillosa gracia de Dios es conferida mediante la fe. En otras palabras, la salvación por gracia está condicionada a la obediencia de

fe. Dios ha unido inseparablemente la gracia, la fe y las obras para nuestra salvación.

Todo sistema de creencias que predica “salvación por fe solamente” o por “gracia sola” es un conjunto de creencias errado y debe ser abandonado.

Bautismo, ¿un símbolo de la salvación?

No es difícil encontrar a alguien que afirme: “el bautismo es un símbolo de la salvación, una señal externa de una gracia interna.” Para probar esto, usualmente citarán 1 Pedro 3:21. Al comentar este texto, J. F. MacArthur afirma: “Pedro no se refiere en absoluto al bautismo en agua, sino a una inmersión simbólica que representa la unión con Cristo como un arca que protege con seguridad del juicio universal de Dios.”

¿Cómo responderemos a esta doctrina?

En primer lugar, la Biblia enseña claramente que el bautismo es para el perdón de los pecados (Hech. 2:38) y para lavar los pecados (Hech. 22:16). Es más, el Nuevo Testamento afirma que el bautismo que Cristo mandó es para salvación (Mar. 16:16), para ser sus discípulos (Mat. 28:19), para ser unidos a Cristo (Rom. 6:4-6) y quedar revestidos de él como hijos de Dios (Gal. 3:26,27).

En segundo lugar, en cada pasaje del Nuevo Testamento donde el bautismo y la salvación se mencionan, el bautismo sucede antes de la salvación (cf. Mar. 16:16; Hech. 2:38,41,47; 1 Ped. 3:21). Por este motivo, el gozo ocurre después del bautismo, no antes (cf. Hech. 8:37-39; 16:32-34).

En tercer lugar, 1 Pedro 3:21 no dice que “el bautismo salva en sentido figurado,” como algunos afirman; ni dice que “Pedro no se refiere al bautismo en agua,” como afirma MacArthur. No hay razón por la cual el bautismo mencionado por Pedro deba ser espiritualizado, a menos que MacArthur tenga un prejuicio que lo mueve a ello.

Pedro, un apóstol de Cristo, enseñó que Noé y su familia fueron salvados por medio del agua del diluvio. ¿Qué significa eso?

Sencillamente, fueron transportados por el agua desde un mundo de pecado a un ambiente purificado. Así, pues, la salvación de los hijos de Dios corresponde a este hecho histórico. La salvación de Noé y su familia es un tipo de la salvación en Cristo por el bautismo en agua. Por medio del bautismo somos transportados del estado de culpa (pecado) al estado de redención (salvación).

Procurando destruir el poder de la enseñanza apostólica, Simon J. Kistemaker afirma, “El bautismo es un símbolo de la limpieza del creyente del pecado, pero la Escritura no enseña que el agua bautismal salva a la persona.” Si el lector presta atención cuidadosa verá que el apóstol Pedro dijo, “El bautismo... nos salva.” Pedro no dijo “agua bautismal,” Pedro habló de aquel un “bautismo” (Ef. 4:5) el cual sucede en agua (cf. Hech. 10:47) y que es para salvación (cf. Mar. 16:16; Hech. 8:36-39).

Mientras algunos afirman que el bautismo es un símbolo de la salvación, o que la palabra bautismo tiene un significado espiritual, Jesucristo dijo, “*El que creyere y fuere bautizado, será salvo*” (Mar. 16:16).